
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL DUEÑO DEL INFIERNO
BURTON HARE

«El pueblo se agazapaba en la desolación del paisaje, adormecido en el calor y el viento del desierto.

Las casas, las calles, los edificios públicos y los monumentos tenían una pátina vieja y terrosa, fruto del fino polvillo que los días en que silbaba el viento flotaba como una neblina que en ocasiones velaba incluso la luz del sol.

En los días de intenso calor, cuando las calles desiertas sólo eran cruzadas por algún que otro perro perezoso que buscaba las sombras en las aceras, uno podía imaginarse los tiempos idos, y casi esperaba ver aparecer un jinete sobre su caballo, luciendo ancho sombrero, pistolón al cinto y lazo en la silla.

Luego, cuando llegaba el tiempo inhóspito del invierno templado y el sol dejaba de abrasar la tierra y soplaba el viento, todo cambiaba».



Burton Hare

El dueño del Infierno

Bolsilibros: Selección Terror - 119

ePub r1.2
xico_weno 31.08.16

Título original: *El dueño del Infierno*
Burton Hare, 1975
Ilustraciones: Jorge Núñez

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

Capítulo primero

El pueblo se agazapaba en la desolación del paisaje, adormecido en el calor y el viento del desierto.

Las casas, las calles, los edificios públicos y los monumentos tenían una pátina vieja y terrosa, fruto del fino polvillo que los días en que silbaba el viento flotaba como una neblina que en ocasiones velaba incluso la luz del sol.

Como población no era gran cosa; un par de industrias casi artesanas; algunas tiendas y almacenes que vivían principalmente de suministrar vituallas de toda índole a las desperdigadas haciendas de la comarca; un hotel tristón y anticuado y varios bares y cafeterías.

En los días de intenso calor, cuando las calles desiertas sólo eran cruzadas por algún que otro perro perezoso que buscaba las sombras en las aceras, uno podía imaginarse los tiempos idos, y casi esperaba ver aparecer un jinete sobre su caballo, luciendo ancho sombrero, pistolón al cinto y lazo en la silla.

Luego, cuando llegaba el tiempo inhóspito del invierno templado y el sol dejaba de abrasar la tierra y soplaba el viento, todo cambiaba.

El viento solía silbar procedente del desierto, y aullaba en las noches estremeciendo los postigos de las ventanas. Humillaba los escasos y raquíticos árboles y barría papeles y polvo en frenética danza fantasmal que animaba las silenciosas noches de Tahoka.

Era un viento cálido y reseco como la tierra, que azotó al viajero que irrumpió a medianoche en la calle donde estaba el hotel. El auto estaba cubierto de polvo hasta el extremo de que resultaba casi imposible adivinar su color.

Era el mismo polvo que se arremolinaba en la atmósfera, en medio de los aullidos del viento. El mismísimo polvo que obligó al

recepcionista a mirar a otra parte y desentenderse del recién llegado para no tener que salir a recibirle engullendo más de una bocanada que dejaría su garganta como si estuviera forrada de papel de lija.

De modo que el viajero cargó con su maleta, atravesó la acera bajo la estremecida marquesina y penetró en el vestíbulo mascullando pestes del tiempo, del pueblo y del servicio del hotel.

Dejó la maleta en el sucio y miró acusadoramente al empleado.

—Si yo ocupara su puesto —gruñó—, también me desentendería de quien llegara con ese ventarrón, pero como se da el caso de que me encuentro al otro lado de este mostrador, presentaré una queja a la dirección de esta pocilga. Suponiendo que haya una dirección a quien quejarse.

El recepcionista no pareció impresionarse.

—El director se llama señor Calvin. Podrá verle por la mañana, señor.

—Sí, va imagino que le veré. ¿Siempre tienen este tiempo de perros?

—No es muy malo aún, señor, a menudo tenemos noches peores.

—¡No me diga!

—Se lo puedo jurar. ¿Va a quedarse usted mucho tiempo?

El viajero le miró como si le creyera loco de remate.

—¿Quedarme en un lugar como éste? —exclamó—. No lo haría ni para salvar el pellejo.

Sólo estoy de paso.

—Ya veo… ¿Tiene la amabilidad de firmar aquí, señor? Si me da los datos, yo mismo llenaré el formulario de inscripción.

—Michael Logan, de paso. Eso es todo lo que necesita saber, ahora, ¿cuál es mi habitación?

—Si conociera usted el hotel, podría usted elegir. Sólo tenemos cuatro huéspedes ahora. Pero como es la primera vez que viene, le recomendaría la número siete. Tiene ventanal a la calle, los postigos no crujen con el viento y el cuarto de baño es amplio y completo.

—De acuerdo. Oiga, ¿cómo se divierten en este cementerio?

—Cada uno tiene sus gustos. Pero no crea que siempre fue así… Hubo una época en que el pueblo estuvo muy animado… Fue cuando lanzaron la primera bomba atómica en el desierto, como quien dice, en la esquina. Después, durante unos años, las gentes venían en vacaciones para ver el lugar donde había estallado. Era

como una peregrinación, usted sabe. Fueron años de prosperidad…

—Entiendo. Deberían arrojar unas cuantas bombas más en las cercanías para seguir prosperando, ¿eh?

—Ahora ya no tendría gracia. La gente se acostumbra a todo… Ésta es su llave, señor Logan.

—Gracias.

—En cuanto a diversiones, señor Logan, tenemos hasta un club nocturno en las afueras. Un lugar altamente recomendable si le gustan las diversiones un poco…, este…, movidas.

—Me gustan, en ocasiones, pero no si para llegar hasta ellas hay que desafiar a esa cortina de polvo que revolotea ahí fuera.

Tomó la llave. El empleado aún dijo:

—La habitación es la segunda a la derecha, en el primer piso.

Luego, se quedó mirando al alto y fornido viajero mientras subía las escaleras cargado con su maleta.

El forastero no acababa de gustarle. Era demasiado alto, tenía los hombros demasiado grandes y la cara ceñuda de un hombre capaz de solventar sus problemas por la vía rápida.

Quince minutos más tarde, cuando ya casi lo había olvidado, el tal Michael Logan reapareció bajando las escaleras con pasos firmes y pesados.

—Cambié de idea —anunció—. Voy a dar un vistazo a ese club nocturno… ¿Cómo puedo llegar hasta él?

—Está a una milla del pueblo, hacia el sur. Cuando haya dejado atrás las últimas casas verá ya el resplandor de su anuncio rojo que parpadea. Se llama El Desierto.

—No creo que sea muy original el nombrecito…

—Pero se divertirá. Es lo mejor que hay en cien millas a la redonda.

—Veremos.

Y se fue.

CAPÍTULO II

El resplandor rojo parpadeante sumergía los alrededores del club en un halo diabólico, dentro del cual el polvo adquiría también una tonalidad rojiza y caliente como si brotara de la misma boca del infierno.

Había cinco o seis coches aparcados de cualquier manera. Una pareja salió, la muchacha, protegiéndose la cabeza con un fino pañuelo que anudó bajo su barbilla. Luego, corrió junto al hombre hacia uno de los coches.

Justo cuando salían del estacionamiento, otro coche polvoriento apareció.

El hombre dijo:

—Fíjate, un tipo solo. No —conozco ese coche, ¿y tú, Any?

—No lo había visto nunca. ¡Eh! ¿Adónde crees que vas, Morris Wade?

Éste rió entre dientes.

—Hace una noche espléndida si uno se olvida del viento. En el desierto brillará la luna, seguro.

—¡Pero yo no quiero ir al desierto a estas horas!

—Bueno, no llegaremos hasta el desierto entonces, sólo hasta las dunas del páramo.

Ella sacudió la cabeza.

—Morris, eres un pillo y un sinvergüenza… Tal vez yo te quiero sólo por eso.

Se echaron a reír. El auto rodaba por una carretera desigual que pronto dejó de serlo para convertirse en una simple trocha salpicada de baches. El auto comenzó a saltar y dar bandazos, mientras las luces de los faros barrían las sombras mostrando la danza incansable del polvo y el viento.

—Estas alejándote demasiado —advirtió la muchacha—. No

quiero regresar muy tarde, así que por mí hemos llegado.

Él frenó, apagó los faros y el motor, dejando sólo las luces de situación, y volviéndose hacia la muchacha, murmuró:

—Deseaba estar a solas contigo, Any… Toda la noche deseándolo…

La atrajo hacia él y la besó en la boca con toda la pasión de que era capaz.

Any se abandonó dulcemente en sus brazos. Cerró los ojos porque se sentía vivir, flotar en el aire como si de pronto su cuerpo hubiera perdido peso.

Él intentó un ligero avance sin dejar de aprisionar a aquellos labios que ardían dentro de los suyos.

Entonces la muchacha abrió los ojos, quizá deseando formular un débil reproche.

Algo que vio más allá del cristal de la ventanilla la hizo dar un respingo y el profundo encanto del momento quedó roto.

Él protestó, sin soltarla:

—¿Qué te pasa, nena? Sabes que te quiero… ¿Por qué te pones tan rígida y…?

A la pálida y verdosa luz del tablier descubrió la expresión del bello rostro de Any y se echó atrás, estupefacto.

—¡Bueno, no me mires así…; sólo traté de acariciarte un poco, maldita sea!

—¡No…, Morris… mira!

Él se volvió en el asiento. Había una masa negruzca moviéndose al otro lado del cristal, apenas visible en la oscuridad.

—¿Qué diablos…?

Algo semejante a una rama cubierta de ásperos pelos rígidos golpeó el cristal con terrible fuerza. Todo el coche se bamboleó.

Any comenzó a chillar.

Luego, la masa oscura pareció contorsionarse y una carátula horrible surgió bruscamente, una pesadilla increíble que produjo un extraño sonido.

La muchacha no pudo soportar la espantosa visión. Perdió por completo el control de sus reacciones y, chillando histéricamente, abrió la portezuela de su lado y se lanzó al suelo, al viento y al polvo, echando a correr alocadamente.

Morris se volvió como una centella al darse cuenta de que ella

huía.

—¡No seas loca…! —empezó.

Luego, un golpe tremendo en el cristal, y otro, y otro más, y por fin el cristal saltó en una especie de pequeña explosión cuando ya el muchacho intentaba poner en marcha el motor…

Lo oyó runrunear un instante. Tras esto, aquella cosa negra, de pelos ásperos y rígidos, entró por la ventanilla y una tenaza horrible se cerró en torno a su nuca y el infierno se desató en unos instantes mientras los alaridos de Morris West morían poco a poco engullidos por el viento, que apagaba también el runruneo del motor y los extraños y apagados jadeos de la cosa que había surgido de repente como procedente de un mundo de pesadilla.

Mientras tanto, la muchacha continuó huyendo desesperadamente, chillando y manoteando en la soledad del páramo, tropezando, cayendo, sollozando, dejándose las ropas y la piel en los matorrales secos y espinosos, alucinada…

Nunca supo cuánto tiempo corrió. Cuando descubrió el lejano parpadeo rojo estaba a punto de desplomarse, completamente agotada y enloquecida, pero la luz le infundió nuevas tuerzas y siguió adelante, casi desnuda porque sus ropas colgaban a trozos, simples harapos, llena de sangre por los incontables arañazos…

Su irrupción en la sala del club fue todo un impacto.

Había sólo tres parejas bailando en la pista, y tres o cuatro muchachas en las mesas, más el camarero y el mozo del bar.

Michael Logan había entablado una más bien estrecha relación con cierta dama de sofisticado aspecto y se volvió al oír el ronco grito en la entrada.

Lo que vio le obligó a dar un brinco.

Any estaba allí, desencajada, con una expresión de locura en su cara, con la sangre escurriendo por todo su cuerpo desnudo.

Tras el primer instante de estupor, saltó hacia ella seguido de su circunstancial amiguita.

Todos los demás reaccionaron al fin y rodearon a la enloquecida muchacha.

Logan la sujetó por los brazos cuando empezaba a caer.

—¡Eh, pequeña! ¿Qué sucedió, quién te hirió? ¡Vamos, tranquilízate, aquí estás segura!

Aquellos ojos demenciales le miraron como si no le vieran, cual

si pudieran ver a través de él. Los demás murmuraban estremecidos comentarios, estupefactos.

Logan gruñó:

—¿Alguna de ustedes tiene algún vestido aquí, algo con que cubrirla?

Una de las muchachas del club se fue corriendo.

Él volvió a mirar a la muchacha, que boqueaba, incapaz de pronunciar una palabra. Logan le vio la lengua donde el polvo formaba una costra seca. La misma costra debía haberse posesionado de su garganta, casi ahogándola.

Al fin la levantó en brazos y fue hacia el mostrador.

—¡Traiga una bebida, pronto…; un refresco o algo así!

De pronto, ella dio un ronco alarido y se abrazó a su cuello. Empezó a murmurar cosas ininteligibles, estremeciéndose violentamente, aferrada al cuello del hombre como si sólo allí pudiera sentirse segura.

—Bien, tranquila, pequeña, nadie te hará ningún daño aquí.

La voz dura de Logan pareció tranquilizarla en parte.

—¡Morris!

El gruñido exhausto de ella se ahogó.

El barman ofreció a Logan un gran vaso de refresco. Dijo:

—Le he añadido una buena dosis de *whisky*. La reanimará…

Él la obligó a beber poco a poco.

La joven que había corrido en busca de un vestido regresó trayendo un ligero abrigo de vestir que ella misma echó sobre los hombros de la muchacha.

Ésta acabó la bebida y tosió. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, abriendo caprichosos surcos en la costra de polvo que la cubría.

—¡Morris… se quedó allí! —jadeó.

—¿Dónde?

—En… las dunas.

Logan arrugó el ceño.

—¿Ese Morris te hizo todos esos arañazos? —Exclamó, incrédulo—. Nena, no puedo admitirlo a menos que el tipo tenga siete manos.

—¡No, no! Me caí…, fueron los arbustos. ¡Pero él se quedó… con aquella cosa!

—¿Qué cosa?

Los ojos desorbitados le miraron a la cara, separándose un poco de él, cuya camisa y chaqueta estaban profusamente manchadas de sangre.

La otra joven aprovechó para envolver mejor el cuerpo desnudo de Any.

—No lo sé —susurró, temblando violentamente—. Una cosa horrible…, un monstruo…, no sé.

—¿Un animal?

Ella cerró al fin los ojos. Sin abrirlos, musitó:

—No… no era un animal… No sé lo que era… Unos ojos abultados… como pelotas de tenis…, una cosa negra…

De repente, su cara se crispó ame el recuerdo, torció el cuello y perdió el conocimiento. Logan gruñó:

—Unan algunas mesas para tenderla encima. Hay que buscar un médico, y pronto.

El camarero dijo, sombrío:

—Mire, llévesela de aquí. No quiero líos en el establecimiento, si puedo evitarlos.

—Éste no podrá evitarlo —gruñó Logan—. Telefoneen a un médico, eso es todo.

Depositó con cuidado el cuerpo inerte sobre las mesas.

Uno de los hombres exclamó:

—Deberíamos hacer algo…

Y otro:

—¿Cómo qué: ir a cazar esa cosa rara de que habla?

—Eso debe ser algo inexistente. Estaba delirando. Pero yo la vi salir con Morris Wade y ella dice que el chico se quedó en las dunas.

Nadie pareció entusiasmarse con la idea de salir hacia las desoladas dunas.

El camarero insistió:

—Llévensela de aquí, ¿quieren? En el pueblo ya nos tienen ojeriza y ahora sólo falta que se arme un escándalo.

Logan se irguió despacio, volviéndose.

Sus ojos tenían un brillo peligroso cuando preguntó:

—¿Tiene mucho interés en que le incruste los dientes en la nuca, héroe?

El hombre engulló saliva con dificultad y no replicó. Ya no volvió a insistir.

Poco después, el mozo del mostrador anunció:

—El doctor Casey viene hacia aquí.

Hubo un largo silencio. Logan encendió un cigarrillo sin apartar la mirada del rostro crispado de la muchacha inconsciente.

De pronto, rezongó:

—¿Alguien quiere guiarme hasta ese lugar de las dunas, o como se llame?

Tras una vacilación, uno de los hombres replicó:

—Son sólo las estribaciones del desierto. Hay dunas de arena y rocas. Toda la vegetación son esos matorrales secos y espinosos y algún saguaro… ¿Quiere usted ir allí?

—No cabe duda de que algo ha impresionado terriblemente a esta chica. Y si su compañero se quedó en las dunas, quizá necesite auxilio.

—Muy bien, amigo, cuente conmigo.

Logan dirigió la mirada a las mujeres que permanecían en torno a Any.

—¿Querrán cuidarla hasta que llegue el médico?

Asintieron en silencio. Michael Logan sonrió sin que la sonrisa dulcificara lo más mínimo la ceñuda expresión de su rostro. Luego se dirigió a la salida acompañado del voluntario. Éste era un hombre de unos treinta años, de estatura mediana y cara tostada por el sol. —Me llamo Tom Barclay…— se presentó cuando estuvieron acomodados en el coche de Logan—. Vivo en Tahoka y conozco a la muchacha de toda la vida.

—Mi nombre es Michael Logan. Los amigos me llaman Mike, ¿sabe?

—¿Cuándo llegó usted a Tahoka? No recuerdo haberle visto nunca.

Mike manejó el coche hasta la carretera. Barclay añadió, antes que él pudiera responder:

—A la izquierda y siga recto hasta que se acabe el asfalto.

—Está bien… Llegué esta misma noche —explicó—. Me alojo en el hotel.

—Ya entiendo.

Condujo en silencio, forzando la mirada para penetrar las

sombras que los haces gemelos de los faros barrían a su paso.

De pronto, el asfalto terminó y el auto comenzó a dar saltos en los baches.

Minutos después, en la negra lejanía aparecieron dos puntos rojos.

Barclay exclamó:

—¡El coche de Morris, seguro!

Michael Logan maniobró para estacionar el suyo detrás del que estaba parado allí. Cuando se apearon, advirtieron, con no poca sorpresa, que el motor del auto estaba en marcha, zumbando suavemente.

Pero el coche estaba vacío.

No había ni rastro de Morris Wade.

CAPÍTULO III

—Fíjese —dijo Barclay—. El cristal de la ventanilla está pulverizado… Debieron golpearlo y estalló.

Sin responder, Logan volvió a su auto y encendió los faros largos, dirigiéndose al coche abandonado.

Con la catarata de luz inundándolo, lo examinó pulgada a pulgada. Lo que descubrió en la ventanilla puso un escalofrío en su espalda.

—Mire eso, Barclay… En las aristas de cristal. Tiras de piel y rastros de sangre. Y aquí, un jirón de ropa.

—¡Dios bendito!

—Han sacado un cuerpo por la ventanilla, tirando de él. Por eso se ha desgarrado la ropa y trozos de piel están clavados en los cristales…

—Y el coche ha quedado con el motor en marcha y las luces de posición encendidas. Y si es cierto que han sacado el cuerpo del muchacho por la ventanilla…, ¿por qué no abrieron la puerta? Hubiera sido mucho más fácil sacarlo de ese modo.

—No me pregunte por qué, amigo. No tengo ni una maldita idea de lo que puede haber sucedido aquí. Quizá si pudiésemos descubrir las huellas de pies, todo sería más fácil, pero para eso habrá que esperar a la luz del día.

—Se me ocurre que Morris no puede estar muy lejos. Es un muchacho corpulento, pesado. Quienquiera que le haya sacado del coche no puede haber cargado con él durante mucho tiempo, ¿no le parece?

—Tal vez…, y si está vivo, quizá nos oiga. ¿Tiene usted buena voz, Barclay?

—Seguro… ¡Morris! ¿Me oyes? —Rugió a la noche—. ¡Soy Tom Barclay! ¡Morris!

Esperaron una respuesta que no llegó. Tan sólo oyeron el quejido del viento y eso fue todo.

Queriendo conservar una última esperanza, Barclay murmuró:

—Quizá esté desvanecido y no pueda oírme.

—Juzgando por las señales en el cristal, me inclino a creer que está muerto. Quien sea que le sacó de aquel modo no es alguien que tuviera ninguna simpatía por ese Morris.

—Sería horrible… Morris es el único hijo de una pobre mujer viuda.

—¿Conoce usted bien estos parajes?

—Hace muchísimo tiempo que no venía aquí, pero de joven solíamos recorrer este territorio en nuestras excursiones. ¿Por qué?

Logan se encogió de hombros.

—Pensaba en el modo de rastrearlo.

—Olvídelo. Hay que aguardar a que sea de día.

El viento arremolinó una cortina de polvo y los dos hombres gruñeron, volviéndose de espaldas al ventarrón.

Tom Barclay masculló:

—Voy a intentarlo otra vez…

—Espere a que amaine un poco el viento.

Unos minutos después, Barclay llamó a grandes voces, pero tampoco en esta ocasión sus gritos obtuvieron respuesta alguna.

Envolviéndose la mano con el pañuelo, Michael abrió la portezuela del coche y cerró el contacto. El motor dejó de runrunear. Se irguió retrocediendo, para salir del auto, y entonces hizo otro descubrimiento.

Había unas gotas de sangre en la parte superior del respaldo del asiento.

—Más o menos debe ser ésta la altura del cuello del conductor. ¿Era muy alto ese muchacho?

—¿Morris? No… no mucho. Poco más o menos como yo mismo.

—¿Quiere sentarse allí un instante, Barclay? Así sabremos si la nuca de Morris Wade quedaba a esta altura.

Tom Barclay obedeció. Ciertamente, las manchas de sangre correspondían a la altura de su cuello.

Cuando se apeó, dijo:

—Eso indicaría que fue herido dentro del auto…

—Eso creo yo también. ¿Qué autoridades tienen ustedes en el

pueblo?

—Un *sheriff*, y éste dispone de un alguacil eventual. Mientras no le necesita, el alguacil, que se llama Loeb, trabaja en el taller mecánico propiedad de su hermano.

—Van a tener un trabajo endiablado con todo esto. Creo que ya podemos regresar, Barclay, porque sin luz es imposible buscar a ese muchacho.

Apagó las luces del coche abandonado y ambos volvieron al de Logan, con el que emprendieron el regreso al club en medio de un hosco silencio.

De pronto, cuando ya rodaban por la carretera asfaltada, Mike Logan dijo:

—Usted ha vivido siempre por aquí. ¿No es cierto, Barclay?

—Así es. Nací en Tahoka. No es el mejor lugar de la Tierra, pero a mí me gusta. En cierto modo, la sequedad del terreno, la dureza que impone, me atrae si es que puede entenderlo.

—No lo entiendo, pero no voy a discutirle sus gustos. Lo que quería preguntarle era si conoce usted bien a cuantos viven en esta comarca. No sólo en el pueblo, Barclay, sino en el territorio.

—Bueno, esta parte de Nuevo México es muy extensa y existen infinidad de haciendas desperdigadas en muchas millas a la redonda. Poco más o menos, conozco a todo el mundo, sí. ¿A qué viene esa pregunta, Logan?

—Busco a un hombre, usted sabe. Se llama Walter Snatch y por lo poco que sé anda por estas tierras.

Es un individuo de unos sesenta años, fuerte y de estatura mediana. Tiene el cabello gris y usa lentes muy gruesas a causa de su acentuada miopía.

—Nunca oí ese nombre.

—Y la descripción, ¿no le recuerda a nadie en particular?

—Desde luego, puedo asegurarle que no es ninguno de los vecinos de Tahoka —afirmó Barclay, tajante.

—¿Puede habitar alguna de esas haciendas de que ha hablado usted antes?

—No sé… Tampoco me recuerda a nadie conocido, aunque hay algunos de esos ranchos que cambiaron de propietario en los últimos años y los recién llegados son prácticamente desconocidos para la mayoría… Oiga, ¿por qué busca usted a ese tal Snatch?

Logan soltó un gruñido.

—Se largó sin pagar sus deudas. Me encargaron cobrarlas.

—Ya veo…

Maniobró para estacionar el coche en medio de un remolino de polvo rojizo, junto a la entrada del club.

Barclay dijo:

—Ese viejo «Ford» es el del doctor Casey. Debe estar atendiendo a la pobre Any.

Antes de salir del coche, Logan encendió un cigarrillo y comentó:

—¿Qué opina usted de lo que dijo la chica respecto a esa cosa negra que apareció en el páramo?

—Estaba delirando.

—¿Pudo tratarse de algún animal de gran tamaño? Usted debe conocer bien la fauna de este territorio.

—Aquí no hay animales grandes, animales salvajes, quiero decir, apenas si quedan algunas parejas de coyotes, que se extinguen también de manera desoladora. No creo que viera nada extraordinario.

—Sin embargo, usted y yo sabemos que algo atacó al muchacho. Y debió ser un ataque muy extraño para que no le diera tiempo a entrar una marcha y huir.

El motor estaba en funcionamiento, de modo que algo inmovilizó a ese hombre, paralizándole de tal modo que ya no pudo manejar el cambio y soltar el freno.

Barclay se ladeó en el asiento para observar fijamente al forastero.

—¿Sabe una cosa, Logan? —dijo, preocupado—. Usted me parece más un sabueso que un cobrador de morosos.

—Para rastrear a los tipos que se largan sin pagar sus cuentas hay que tener un poco de espíritu de sabueso… Vamos a ver cómo sigue la muchacha…

Se apearon y entraron rápidamente en el club, huyendo del ventarrón.

Alrededor de las mesas donde habían tendido a Any estaban todos los que ellos dejaron, más un hombre que se inclinaba sobre la muchacha.

Barclay gruñó:

—Ése es el médico…

Al oírles, la atención de las chicas y los hombres que habían quedado allí se centró en ellos dos.

El mozo preguntó:

—¿Lo encontraron?

—Sólo el coche. Morris Wade había desaparecido —dijo Barclay con voz sombría—, alguien debió atacarlo porque había manchas de sangre en el respaldo del asiento.

Sonó un bronco murmullo. Luego, una voz cascada exclamó desde el mostrador:

—¡Y tenía que suceder en una noche como ésta!

Logan se volvió.

Un hombrecillo esmirriado, de cara arrugada y abundante cabello revuelto acababa de colgar el teléfono y estaba saliendo de la barra.

Vestía unos pantalones grises y una camisa también gris, aunque más oscura, y sobre la cual destacaba la insignia de la ley.

—¿Usted es el *sheriff*? —preguntó, innecesariamente.

—Me llamo Byrkman, a usted no le conozco, míster.

—Soy Michael Logan. Llegué esta noche al hotel.

—Ajá. Las chicas me han hablado de usted —comentó, señalando a las muchachas del club—. Le agradezco que se tomara ese interés por el muchacho, Morris. ¿Dices que no estaba en su coche, Barclay?

El aludido cabeceó.

—No cabe duda que le ha sucedido algo terrible, Byrkman —dijo, como respuesta—. El cristal de la ventanilla estaba pulverizado, y en él habían rastros de sangre, trocitos de piel y un jirón de ropa…

—Más despacio, muchacho. ¿Pretendes decir que sacaron a Morris por la ventanilla rota?

—Eso es.

—¿No abrieron la portezuela?

—No, en absoluto. Estaba cerrada, el motor en marcha y las luces de posición encendidas, así es como encontramos el coche…

El *sheriff* se rascó la nuca, estupefacto, acabó de alborotar su va revuelta pelambrera.

—Parece algo absurdo dicho así, ¿no le parece a usted, Logan?

—Sin embargo, es cierto.

Barclay señaló hacia las mesas.

—¿Cómo está Any?

—No tiene ninguna herida grave según el médico. Sólo arañazos más o menos profundos producidos por los espinos de los matorrales. La pobre chica debió pasar un rato infernal…

—¿Ha dicho algo sobre lo que les sucedió?

—Apenas puede hablar. Balbucea y parece estar aterrorizada todavía. No comprendo qué diablos fue lo que vio en las dunas.

Mike se acercó al médico.

Estaba haciendo un buen trabajo sobre la multitud de pequeñas heridas que habían dejado de sangrar.

La muchacha tenía los ojos abiertos, desorbitados, fijos en un punto del techo. Eran unos ojos vidriosos, sin expresión alguna.

El doctor Casey acabó de desinfectar los últimos arañazos, los cubrió con un apósito adhesivo y se irguió mascullando entre dientes.

—Esto no me gusta —gruñó al apartarse de Any—. Está sumida en una especie de letargo y no reacciona. Es imposible entender nada de lo que murmura entre dientes.

—¿Un *shock* nervioso?

El médico se volvió hacia Logan.

—Y muy fuerte. ¿Quién diablos es usted?

—Forastero. Estaba aquí cuando ella entró.

—Ya entiendo. Bien, esa chica debió sufrir una impresión espantosa para que los efectos duren tanto tiempo. ¿No dijo nada cuando llegó que nos aclare…?

—Habló de una cosa negra, de unos ojos como pelotas de tenis o algo así…, pero estaba delirando —terminó Barclay.

—Si no consigo hacerla reaccionar habrá que llevarla al hospital de Portales, allí habrá especialistas que puedan hacer por ella más de lo que puedo hacer yo.

Se apartó de ellos para disponer el traslado de la joven.

El *sheriff* señaló las manchas de sangre que arruinaban el traje y la camisa de Logan. —Está usted hecho un mapa, amigo— comentó —. ¿Tanto sangraba la chica cuando llegó?

—Iba cubierta de sangre de arriba abajo, y no quedaban más que algunos jirones de ropa sobré su cuerpo. Me manchó cuando se

abrazó a mí.

—Comprendo. Déjeme decirle que se portó usted muy bien al tratar de prestar auxilio al muchacho…, y lo mismo sirve para ti, Barclay. ¿Creen que encontraríamos algún rastro si volviésemos allí ahora?

—Nada, sin la luz del día —aseguró Barclay.

El *sheriff* asintió para sí, en silencio.

Logan se acodó en el mostrador y pidió un *whisky* doble y agua.

—Tengo la garganta como si fuera papel de lija —comentó, sombrío.

Con ayuda de Barclay y los demás, el doctor Casey trasladó a la semiinconsciente muchacha a su coche. Detrás de ellos se marcharon los demás hombres, que esa noche habían visto arruinadas sus ansias de diversión, y sólo quedaron en el club los dos empleados, las chicas, el *sheriff* Byrkman y Mike Logan.

Éste encendió un cigarrillo cuando hubo apurado el agua y el *whisky*. Byrkman se colocó a su lado y comentó:

—Presiento que eso va a ser todo un dolor de cabeza. ¿Adónde se dirige usted, Logan?

—Concretamente, a ninguna parte, ando buscando un individuo llamado Snatch… Walter Snatch. ¿Le conoce usted quizá?

—Ésta es la primera vez que oigo ese nombre… Oiga, no será usted policía, supongo.

—No.

—Cómo dijo que trataba de encontrar a un tipo, pensé…

—Trabajo para una agencia de cobros de Santa Fe. El tal Snatch se esfumó dejando un montón de deudas a sus espaldas.

—Ya veo. ¿Hay algo concreto que le haga pensar que ese hombre está por estos alrededores?

Logan tardó en responder esta vez.

Luego dijo:

—Tuvimos noticias de que había sido visto en Portales. Su pista se perdía allí, pero había algunos indicios que le situaban dirigiéndose al suroeste de la población. Vengo rastreando el territorio desde Portales, aunque sin el menor éxito.

—¿Tiene alguna fotografía de ese individuo?

Por toda respuesta, Mike sacó una cartera del bolsillo y de ella extrajo una fotografía muy clara del hombre que perseguía.

—Éste es.

Byrkman la tomó y estuvo examinándola un minuto.

—No recuerdo haberlo visto nunca —murmuró, pensativo—. Y no debe ser difícil de recordar una vez visto, con esas gafas de enormes cristales y esa pelambrera.

Logan volvió a guardar la foto.

—Hubiera sido demasiada suerte que usted pudiera dirigirme a él con tanta facilidad.

Por lo general, este maldito trabajo mío nunca resulta tan fácil.

—De cualquier modo, si puedo hacer algo más para ayudarle, no dude en acudir a mí. —Gracias, *sheriff*, es usted muy amable.

—A cambio, me gustaría que por la mañana me acompañara a ese lugar donde está el coche de Morris Wade. ¿Le parece que podrá hacerlo?

—Barclay le serviría mejor que yo. El conoce el territorio palmo a palmo.

El *sheriff* sonrió entre dientes.

—Seguro que lo conoce —comentó—. Pero tengo el presentimiento de que si alguien puede ayudarme en este lío es usted. Logan. Y voy a necesitar de toda la ayuda de que pueda disponer, ¿no le parece?

—Bien, cuente conmigo. Estaré en el hotel; así que cuando decida partir, sólo tiene que llamarme.

—¡Magnífico! Otra cosa. ¿Le importaría llevarme al pueblo? Vine con el auto del doctor y ahora no deseo regresar a pie.

—¿Cómo no? Vamos.

Dejó algún dinero sobre el mostrador y ambos se encaminaron a la salida.

El viento había cedido un tanto, pero aún arremolinaba nubes de polvo aquí y allá. Byrkman cerró la portezuela y se retrepó en el asiento.

—¿Sabe usted, Logan? Éste es un territorio maldito. Incluso los problemas surgen en noches como ésta…, con viento, polvo y sin luna.

—Parece usted amargado, *sheriff*.

—Y lo estoy. ¿Quién no lo estaría en mi caso? Si no consigo resolver este embrollo y encontrar al muchacho, ya puedo despedirme del cargo. No volverán a elegirme, después de mis otros

fracasos.

—¿Hubo otros?

—No de este tipo. Sólo unas muchachas que se largaron sin despedirse… Desaparecieron, ¿entiende usted? No pude hallar el menor rastro y sus familias aún se niegan a admitir que las chicas decidieron vivir por su cuenta en alguna gran ciudad.

—Éste es un caso que se da a menudo en todas partes.

—Hágaselo comprender a estas gentes, afirman que sus niñas no hubieran hecho eso ni por todo el oro del mundo… ¡Puaf! Como si en estos tiempos los jóvenes pensaran con la cabeza… Simplemente, se largan y a otra cosa. Creen que encontrarán la fortuna en las grandes ciudades…, y lo que encuentran es…

Se interrumpió, fastidiado.

Mike condujo el coche rumbo al pueblo. Distraídamente, preguntó:

—¿Se fueron juntas?

—¿Qué?

—Las tres chicas.

—¡Oh, no! Primero una, al cabo de unos días otra, y casi un mes más tarde la tercera. Tengo para mí que habían quedado previamente de acuerdo, ¿sabe usted? Después se reunieron en alguna parte y ya está. Una nueva vida, maravillosa, excitante, llena de fortuna…, según sus cerebros de mosquito. Probablemente, todo lo que conseguirán será una vida de perros, prostitución y al final del camino el hospital o el cementerio, a veces pienso que ese afán por vivir aprisa no es más que una excusa para morir más aprisa aún.

—Pudiera ser…

Ya apenas si volvieron a hablar hasta entrar en el pueblo.

Byrkman señaló una calle lateral.

—Por ahí, si no le importa… Mi oficina queda casi al final de la calle.

Un minuto después paraba el coche frente a la oficina del representante de la ley.

Había luz en las ventanas, y Byrkman refunfuñó:

—¿Quién diablos ha encendido las luces? Apostaría que las apagué cuando el doctor vino a buscarme…

Se apearon, al penetrar en el despacho vieron a un muchacho

joven retrepado en el sillón basculante al otro lado de la mesa.

El *sheriff* bufó:

—Si quieres quedarte con mi empleo, mejor será que esperes que me retire, chico. ¿Te importa dejarme mi propio sillón?

El joven se levantó riendo.

—Me puse cómodo para esperarle, jefe. Tengo una denuncia.

¿Qué denuncia, y quién la ha formulado?

—La señora Gifford. Le han robado el perro.

—¿Otro?

—Que yo sepa, la señora Gifford sólo tenía uno…

—¡No me refiero a esa vieja loca! Pero éste es el décimo perro que se esfuma en pocos meses… ¿A quién demonios se le habrá ocurrido la idea de birlarles los perros a la gente?

Se derrumbó en su sillón. El alguacil echó una mirada inquisitiva a Logan y comento:

—La señora Gifford echaba chispas, jefe. Habrá que hacer algo porque amenazó con escribir hasta al gobernador del estado, después de dirigirse a todas las asociaciones de protección de animales del país.

—Esa vieja es capaz de hacerlo… Bueno, al infierno con ella. Hay cosas más graves por el momento. Gracias por haberme traído, Logan. Iré a buscarle a su hotel por la mañana.

—De acuerdo. ¿Sabe usted, *sheriff*? Empiezo a darme cuenta de que su trabajo no tiene nada de monótono… Desde buscar chicas ligeras de cascos, a perros con espíritu vagabundo…

—Y hombres que desaparecen en las dunas y todo lo demás, a veces pienso que ya debería haberme retirado. Buenas noches.

Logan se fue, ahora, el viento era apenas una débil brisa y ya no había polvo flotando en la atmósfera.

Condujo hacia el hotel, se acostó y casi al instante quedó profundamente dormido.

Quizá si hubiera podido saber lo que esos acontecimientos de su primera noche en Tahoka significarían en su inmediato futuro, no habría dormido tan apaciblemente.

Pero Michael Logan era un hombre acostumbrado a aprovechar cada minuto de que disponía para el descanso, porque la experiencia le había enseñado que no siempre el descanso estaba a su alcance. Muchas noches pasadas en blanco, con el peligro y la

tensión alterando sus nervios; infinidad de horas de paciente rastreo, de persecución implacable para acabar arriesgando la vida eran suficiente bagaje experimental para adiestrar los sentidos a obedecer y relajarse en las más inverosímiles circunstancias, con tal de aprovechar un imprevisto descanso, un reparador sueño, a veces sólo de minutos…

Mucho tiempo después de esa primera noche en Tahoka, Logan solía pensar que en lugar de un sueño tranquilo debieran haberle asaltado las más espeluznantes pesadillas de su vida…, si hubiera dispuesto de la facultad de adivinar el inmediato porvenir.

CAPÍTULO IV

EL alguacil Loeb abandonó la oficina de su jefe y caminó distraídamente por la acera rumbo a su domicilio.

Había escuchado la historia de los últimos sucesos sin entender poco ni mucho lo sucedido con los dos jóvenes allá en las dunas.

De todos modos, le dejaba el trabajo de pensar al propio *sheriff*. Para eso le pagaban un buen sueldo.

Loeb vivía al extremo del pueblo, en una casa de dos plantas que perteneciera a sus padres y que ahora compartía con su hermano. En la planta baja tenían establecido su taller mecánico y el negocio prometía convertirse en una buena fuente de ingresos en poco tiempo.

Casi había llegado cuando escuchó el extraño susurro en el aire quieto.

Se detuvo, porque era un sonido que no recordaba haber oído nunca.

Era como el batir de alas de un gran pájaro, sólo que mucho más silencioso; como si en lugar de volar batiéndolas sólo planeara…

Levantó la cabeza. Vio una enorme sombra cruzar rauda por encima de la calle, silenciosa como un fantasma. Una forma extraña como no recordaba haber visto nunca otra igual.

Intrigado, echó a correr hacia la esquina y al doblarla llegó a tiempo de ver aquella silueta negra girar suavemente en el aire, planear unos instantes en un gran círculo y, después, agitando en completo silencio unas alas inmensas, precipitarse hacia él como una flecha.

Loeb sintió erizársele el pelo. Dio un salto atrás, pegando la espalda a la pared. Extrajo el revólver y sin apuntar siquiera disparó dos o tres veces alocadamente.

Los tremendos estampidos del arma retumbaron como truenos

en el silencio de la noche quieta.

Aquella sombra negra frenó su descenso, dio una grácil vuelta y, elevándose, se alejó veloz por encima de las casas, desapareciendo en un instante.

Los vecinos más próximos empezaron a abrir ventanas y formular preguntas.

El *sheriff* llegó trotando, enarbolando un enorme «45» y dando gritos.

—¿Contra quién demonios disparaste? —bramó, plantándose ante su lívido ayudante.

Éste boqueó un par de veces, al fin, balbució:

—No lo sé, jefe.

—¿Qué es eso de que no lo sabes?

—Vi algo que volaba hacia mí…, algo gigantesco, jefe, palabra. Tan grande como un águila real…, pero silencioso como una sombra y mucho más ágil… Huyó al oír los estampidos.

—¿Águilas en el pueblo, y de noche? —bufó Byrkman, indignado—. ¿De dónde infiernos crees que podría llegar un águila hasta aquí?

—Yo no digo que fuera un águila…; sólo que era así de grande, o más.

—Y no hacía ruido, ¿eh?

—En absoluto… Sólo un extraño susurro, como si flotara…, y sus alas apenas producían ningún sonido. Lo vi cuando las batió para huir.

—Si no acabases de salir de la oficina diría que estabas borracho… ¿Cómo pretendes que nadie crea esta patraña?

Loeb se encogió de hombros resignadamente.

—Al diablo —murmuró—. Siento haber despertado a la mitad del pueblo.

Giró sobre los talones y se fue.

Mascullando maldiciones entre dientes, el *sheriff* trató de tranquilizar a los alarmados vecinos y también acabó por dirigirse a su casa. Por una noche ya tenía suficiente.

Él tampoco podía imaginar que habría otras noches mucho peores en el futuro inmediato…

* * *

Detuvieron los dos coches allí donde lo hicieran la noche anterior.

Logan se apeó, mirando en torno con asombrado estupor.

—Era aquí —gruñó—. ¿No es cierto, Barclay?

—Ciertamente; sólo que ahora el coche ha desaparecido también.

Así era. Del auto de Morris Wade no quedaba el menor rastro.

Byrkman refunfuñó.

—Miren esas huellas.

Las había a centenares. Huellas de neumáticos cruzándose y volviéndose a cruzar en todas direcciones.

Mike Logan gruñó:

—Anoche no había ni una de esas señales. Las han dejado después de nuestra visita. —Pero ¿con qué objeto?

—Tal vez para borrar otras que había en el suelo y que realmente podrían comprometer a alguien. Han estado manejando el coche arriba y abajo y de un lado a otro para que los neumáticos dejaran todo el terreno convertido en un jeroglífico. Después deben habérselo llevado.

Rastrearon los alrededores. Las huellas del coche acababan por alejarse del revoltijo en dirección al desierto.

El *sheriff* rezongó:

—Loeb, coge mi auto y sigue estas huellas, a ver si das con el auto de Morris.

Barclay se rascó la nuca, perplejo.

El doctor Casey, que les había acompasado con el ánimo de auxiliar al muchacho si lograban localizarle con vida, dijo:

—Deberíamos separamos y buscar cada uno en una dirección.

—Eso es lo que vamos a hacer. El primero que descubra algo deberá gritar para llamar a los demás. ¿Comprendido?

Asintieron en silencio. Logan se encaminó hacia el Este, mirando el suelo con atención. Los demás se desperdigaron también.

Si había huellas, Mike no las descubrió. El suelo era una masa blanda de polvo que empezaría a volar y cambiar de lugar tan pronto se levantase el viento del desierto. Si habían existido huellas, debían estar bien cubiertas por aquella gruesa capa de polvo y tierra.

Se alejó casi una milla antes de emprender el regreso, dando un

rodeo para cubrir más terreno.

Las dunas ondulaban suavemente, perdiéndose en la lejanía. Había tupidos arbustos oscuros, resecos y erizados de agudas espinas.

También pudo ver extrañas formas rocosas. Promontorios milenarios que el azote del viento y la arena en suspensión habían modelado, dándoles formas fantásticas, extrañas, de pesadilla.

Se detuvo para encender un cigarrillo. Pensó que estaba desperdiciando un tiempo que no le pertenecía y que debería tomar una determinación sin más dilaciones.

Entonces, al reanudar la caminata, vio el pie que sobresalía por detrás de uno de aquellos amontonamientos de rocas.

Sintió un escalofrío al avanzar y rodear el roquedal.

El cuerpo estaba derribado en el suelo, tendido de costado. Tenía una gran herida en la base del cuello, entre éste y el hombro izquierdo. Era una herida feroz, profunda y abierta, rodeada de sangre seca, donde el polvo formaba una costra gruesa y dura.

Estuvo mirándolo unos minutos en completo silencio, tratando de aclarar a qué obedecía la sensación de desconcierto que le dominaba.

El cadáver estaba allí, y no era el primero que veía. Había contemplado muchos otros, algunos en mucho peor estado que éste. Sin embargo, nunca antes había sentido algo tan raro, una aprensión tan escalofriante por lo inexplicable…

De pronto cayó en la cuenta de que las ropas colgaban por todas partes desmadejadamente, como si la camisa, el traje, los calcetines, todo, perteneciera a un hombre de mucha mayor corpulencia.

Quizá fuera ese detalle tan incongruente lo que le desconcertaba.

Retrocedió y dio unos gritos para llamar a los otros.

Llegaron corriendo, jadeando, en el momento en que el viento comenzaba a soplar, aunque sin violencia por el momento.

—Ahí está… Supongo que es el muchacho que desapareció anoche.

—Es Morris —dijo el *sheriff*.

—¿Siempre vestía tan mal?

Le miraron estupefactos, como si hubiera soltado una blasfemia.

—¿Eso es lo que se le ocurre ante un cadáver? —rezongó

Byrkman.

—Examinen sus ropas… Indudablemente, no le pertenecían a él, sino a alguien mucho más corpulento, más fuerte y grueso. ¿O no?

Barclay fue el primero en hablar.

—Es cierto…, pero no son las ropas… ¡Dios mío! Es como si él se hubiera empequeñecido…

—No diga bobadas —bufó el *sheriff*, mientras el médico se arrodillaba junto al cadáver.

Reinó el silencio. Logan encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior.

Loeb se retorcía las manos de impaciencia, mientras Barclay miraba como hipnotizado la parte del cuerpo tendido que dejaba libre la corpulenta figura del médico.

El *sheriff* refunfuñó:

—Me pregunto cómo demonios le trasladaron hasta aquí. El muchacho pesaba lo suyo…

Desde el suelo, el doctor gruñó con una voz muy extraña:

—Ahora pesa mucho menos…

Se incorporó y pudieron verle la macilenta expresión de la cara.

Logan expelió una bocanada de humo y murmuró:

—¿Le importaría aclararnos lo que quiso decir, doctor?

—Venga aquí, Byrkman.

El *sheriff* se colocó a su lado, desconcertado.

—Bueno, ¿qué pasa? —rezongó.

—Presione el estómago del cadáver… o cualquier otra parte si quiere.

—Hombre, no veo que eso nos lleve a ninguna parte.

Mike Logan dio dos pasos, se inclinó sobre el cuerpo y presionó el mismo. Su mano se hundió increíblemente hasta que bajo ella sintió la rigidez de la columna vertebral.

Dio un brinco, estupefacto, incrédulo.

—¡Es como… como si estuviera vacío! —jadeó.

El doctor Casey dijo con voz insegura:

—¡«Está vacío realmente»!

—Eso es imposible —saltó Barclay.

—Compruébalo tú mismo si quieres.

El alguacil tartamudeó:

—¿Qui… quiere decir que lo han… vaciado por dentro?

—Justamente eso es lo que ha ocurrido. En ese cuerpo no queda nada más que los huesos y la piel, y algunos músculos.

Se miraron aterrados, incapaces de asimilar el increíble hecho que tenían ante los ojos, al fin, Byrkman refunfuñó:

—Ahora quizá pueda decirnos qué piensa usted, doctor. Usted es el médico aquí.

—Pero no soy brujo. No tengo ni idea de cómo lo hicieron, ni por qué…, ni quién o qué cosa.

Mike Logan arrojó el cigarrillo. Sentía un extraño vacío en el estómago.

—¿Pretende decir que eso fue hecho por un animal, doctor?

—Me guardaré muy bien de insinuarlo siquiera mientras no sepa cierto qué le sucedió a ese pobre chico.

De pronto, Barclay balbuceó:

—La chica…, Any; habló de una «cosa» negra, y unos ojos redondos como pelotas de tenis…

—Estaba delirando sin duda —refutó el *sheriff*—. No empecemos a perder la brújula nosotros también. ¿Afirma usted que dentro del cuerpo no queda nada, doctor?

—Ésa es mi opinión. Cuando realice la autopsia podré estar seguro.

El alguacil retrocedió unos pasos, lívido.

—No he oído hablar nunca de una cosa semejante —balbuceó temblando—. Eso es cosa del diablo, jefe, seguro.

—Deja en paz a los demonios que bastante trabajo tienen, los pobres, allá abajo. Hay que buscar la explicación lógica de ese fenómeno.

—Además —terció Logan, sombrío—, tenemos también la desaparición del coche. Ningún animal lo manejó para entrecruzar las huellas de los neumáticos y llevárselo después. Eso fue hecho por un ser humano.

—Apostaría que lo abandonaron en el desierto. Las huellas conducen rectas hacia los arenales —dijo Byrkman. Y añadió—: Las seguiremos cuando hayamos retirado el cadáver del pobre chico.

Mike se apartó del grupo y encendió otro cigarrillo.

Era sorprendente que en todo lo que alcanzaba la vista no se vieran huellas de pies o neumáticos.

Estaba examinando el suelo palmo a palmo cuando Barclay

refunfuñó tras él:

—Si dejaron huellas, el viento las borraría en cuestión de minutos.

—Debieron arrastrar el cuerpo… ¿También borraría un surco profundo en el polvo? —Seguro. Sopla con mucha violencia en estos parajes… lo comprobara dentro de poco, cuando adquiera mayor fuerza.

Se apartaron más y más en torno al roquedal sin que apareciera huella alguna. Desalentados, regresaron absolutamente perplejos.

El *sheriff* dispuso las cosas para retirar el cadáver. Logan se despidió y Barclay se acomodó a su lado en el coche.

Durante un buen trecho no hablaron, pero al fin Barclay no pudo contenerse por más tiempo y dijo:

—Bueno, ¿qué opina, Logan?

—Nada en absoluto.

—Usted es una especie de polizonte, hombre. Se habrá formado alguna idea.

Mike le miró de reojo, sonrió entre dientes y gruñó:

—¿Se ha fijado usted en la herida del cuello?

—Espantosa, es cierto.

—Me refiero a la posición del desgarro.

—¿Qué quiere decir?

—Fue atacado mientras estaba sentado en el coche, tratando de ponerlo en movimiento seguramente. Había sangre en el respaldo y la herida está en el lado izquierdo de la base del cuello. Esa herida fue hecha por algo que introdujeron por la ventanilla rota. Todo concuerda.

—Ya veo… ¿Pero qué pudo producir aquel desgarro?

Logan tardó un poco en hablar nuevamente. Y cuando lo hizo sólo gruñó:

—Cualquiera creería en una dentellada.

Barclay casi saltó hasta el techo del auto.

—¿Está bromeando?

—Es sólo una idea.

—Pero hombre, no sea absurdo. Sólo una bestia podría haberlo hecho…

—¿Y quién le dice a usted que no fue una bestia?

Barclay se estremeció visiblemente.

—Una bestia que rompió el cristal, atacó al muchacho causándole ese tremendo desgarro…, y luego lo trasladó de lugar y… ¿Y qué? Sólo tenía esa herida del cuello, ninguna más. ¿Cómo infiernos lo hizo para vaciarle por dentro?

—No lo sé, Barclay. En cuanto a la primera parte de su frase, recuerde que le sacaron por la ventanilla. Un hombre hubiera abierto la portezuela sin duda. Una bestia no. Un hombre habría parado el coche, o se hubiera llevado el cuerpo en el mismo coche hasta donde fuera que lo quisiera trasladar. Una bestia no podría hacerlo. Piense en eso y luego dígame si todo lo que sabemos hasta ahora no hace pensar en algún extraño animal.

—Yo nunca he oído hablar de un animal que haga estas cosas… ni que mate a sus víctimas de semejante manera. Pero reconozco que tiene usted razón, Logan. Un hombre abriría la portezuela de un coche si quisiera sacar a otro del auto. Y si pensara trasladarlo… bueno, utilizaría también el vehículo para no tener que cargar con un cuerpo tan pesado como era el de Morris Wade.

—Veo que ha comprendido mi idea. Vaya pensando en ella, y esperemos que el doctor pueda aportar alguna luz cuando haya realizado la autopsia del cadáver.

Apenas si hablaron más hasta llegar al pueblo, donde se separaron.

En la puerta del hotel, donde el viento comenzaba a sacudir la marquesina, una mujer estaba diciéndole al recepcionista:

—¡Esta vez tendrá que hacer algo! Le pagamos el sueldo para que sirva a la comunidad…, acabo de hablar con la señora Gifford y a ella también le desapareció su perro ayer. Y hoy ha desaparecido mi «Tommy».

Obligaré al *sheriff* Byrkman a que haga algo definitivo esta vez.

El recepcionista asintió:

—Está usted en su derecho, señora Johns…

La enfurecida dama se alejó mascullando pestes de la ley.

Mike entró en el hotel seguido del empleado. Éste anunció:

—El director está en su despacho, si quiere usted verle, señor Logan…

—¿Por lo de la queja? Olvídelo —esbozó una mueca y añadió de pronto—: Pero Je veré para otro asunto. Gracias. Dígale que bajaré cuando me haya cambiado de ropas. Estas están llenas de polvo…

Se fue apresuradamente hacia su cuarto. «Entre unas cosas y otras —pensó— estoy quedándome sin vestuario…».

CAPÍTULO V

El director miró la fotografía y sacudió la cabeza.

—No recuerdo haber tenido un huésped parecido a éste en los últimos tiempos…

—¿Y dos años atrás?

El señor Calvin arrugó el ceño.

—Como director de este hotel —dijo—, suelo ocuparme poco de los huéspedes. Por lo menos, personalmente, usted ya entiende. Pero creo que ese individuo nunca ha pasado por aquí. Sin embargo, aclárame una cosa, ¿sí?

—Hable.

—Yo tenía entendido, por lo que usted dice, que andaba detrás de alguien que había cometido una estafa recientemente…

—Yo no dije eso. Ese individuo se esfumó hace más de dos años. Lo que ocurre es que hasta recientemente no tuvimos la menor pista de su paradero, eso es todo.

—Entiendo. Si me presta esa foto, preguntaré a todos los empleados. Quizá alguno lo recuerde si pasó por aquí.

—Puede quedársela.

—Entonces, espero verle antes de la noche. Ya los habré interrogado a todos.

Mike asintió y abandonó el hotel. Entró en un bar y pidió un *whisky* con agua, afortunadamente, el viento no había adquirido la violencia del día anterior y se limitaba a soplar a rachas, caliente y viscoso.

En la guía telefónica buscó las señas de Barclay, abonó la bebida y salió.

Caminó pensativo, absorto en la multitud de absurdas ideas que danzaban en su mente. Estaba más perplejo que nunca cuando llegó ante la tienda de ferretería de su reciente amigo.

El propio Barclay salió a recibirlo.

—¡Caramba, Logan! ¿Necesita alguno de los artículos que vendo?

—Sólo quisiera hablar un poco con usted si no está demasiado ocupado.

—Es mal día para los negocios. La gente se dedica a comentar el trágico fin de Morris Wade y no piensan en otra cosa, además, tengo una dependienta, así que le invito a un trago.

—Acabo de beber, pero le acompañaré.

Se instalaron en un pequeño bar establecido en la esquina.

Barclay esperó a tener las bebidas en la mesa y dijo:

—Bueno, suéltelo. ¿Qué le preocupa, Logan?

—Estuve pensando en todo este lío y en algunas otras cosas. Por ejemplo, en algunos artículos periodísticos referentes a las explosiones atómicas del desierto, aquí, en Nuevo México…

—¿Adónde quiere ir a parar?

—¿Recuerda haber leído algo relacionado con las mutaciones Sufridas por las larvas de algunos insectos, afectadas de radiación nuclear?

—Creo que sí, pero no les preste mucha atención. Era algo absurdo.

—¿Usted cree?

—Seguro. Bueno, si se refiere usted a eso de que aumentaban de tamaño y de costumbres. Yo nunca vi una lombriz más grande de lo normal, ni antes ni después de las explosiones.

Se rió, divertido, apuró la mitad de la bebida y añadió:

—No me diga que ha llegado usted a creerse esas patrañas, Logan…

—Ignoro si había algo de cierto o no en lo que se dijo.

—¡Eh! —Exclamó Barclay—. No pensará que lo que mató a Morris fue un fenómeno metamorfoseado a causa de las radiaciones atómicas. Eso ya sería el colmo.

—No, no es eso lo que pienso. Si existió esa mutación entre algunas especies de insectos, nunca llegarían a alcanzar un tamaño capaz de cargar con un hombre adulto y matarlo de aquel modo.

—Entonces, no veo a dónde quiere llegar.

—Era sólo una idea… ¿No recuerda haber visto nunca nada extraño con relación a insectos de proporciones desmesuradas?

—Nunca, en absoluto.

—Bien, olvídelo.

—¿Eso era todo?

—También están desapareciendo la mayoría de perros de la población.

Barclay dio un respingo.

—¡Cuernos! ¿Con qué sale ahora, hombre? Siempre han desaparecido perros aquí. Se alejan hacia el desierto, no saben regresar, o son mordidos por alguna serpiente de cascabel… Vaya usted a saber. El caso es que no regresan.

—¿Con mucha frecuencia?

—Bueno, la verdad es que no… Sólo alguno, de vez en cuando.

—Ahora se esfuman en cadena.

—¿Y qué?

—Nada. Era sólo otra idea. Como la de que también desaparecieron tres muchachas hace algún tiempo. Me lo contó el *sheriff*.

—Eso nos preocupó a todos, créame. Pero al parecer se marcharon para vivir en alguna ciudad. La juventud se aburre en lugares como éste, carecen de oportunidades, ya sabe…

—Tal vez, pero los jóvenes que se largan de su casa, al cabo de un tiempo suelen escribir. Y tengo entendido que las tres chicas no lo hicieron nunca.

—En efecto, no escribieron… ¡Maldita sea, hombre! Enfoca usted las cosas de manera que le hace pensar a uno… si no habrá estado equivocado todo el tiempo.

—Son sólo ideas, Barclay. ¿Conocía usted a las chicas que desaparecieron?

—Seguro.

—¿Tenían el carácter inestable, descontento por su situación?

—Lo cierto es que no. Eran apacibles, tranquilas.

—Eso no parece encajar en la teoría de su súbita marcha a probar suerte en una gran ciudad.

Barclay arrugó el ceño.

—De nuevo presenta usted las cosas de un modo que… Oiga, Logan, la verdad, ¿quién demonios es usted en realidad?

—Ya le dije, un investigador de una agencia de cobros.

—Me resisto a creerle.

Mike sonrió ligeramente.

—No puedo convencerle de lo contrario si por anticipado se niega a creer en mis palabras, aunque eso importa poco, claro, acabe su bebida y tomemos otra a mi cuenta. —Ahora no, Logan, a estas horas una es mi límite.

Se asombraría de la cara que ponen las señoras si uno huele a *whisky* mientras las sirve…

Se levantó, riendo. Logan le imitó y ambos abandonaron el establecimiento.

Cuando Mike llegó al hotel, el conserje le indicó que el director deseaba verle. Esperanzado, entró en el despacho del señor Calvin.

Éste sonrió satisfecho.

—Tiene usted suerte, señor Logan. Uno de los botones recuerda al hombre de la fotografía.

—Es una gran suerte para mí. ¿Cuándo le vio?

—No fue aquí, en el hotel, sino un año atrás. El chico trabajaba en el almacén de Lawson como aprendiz. Dice que ese individuo entró una tarde a comprar infinidad de artículos de todas clases. Le acompañaba otro que según el muchacho parecía mudo. No pronunció una sola palabra mientras estuvieron comprando.

—Ese chico tiene una memoria soberbia. ¿Dónde está el almacén de Lawson?

—En la segunda calle, saliendo a la izquierda. Debe estar a punto de cerrar a estas horas.

—Entonces me daré prisa. ¿Quiere devolverme la foto, por favor?

Dio las gracias y salió apresuradamente.

El almacén estaba abierto todavía y un hombre leía un periódico atrasado detrás de la caja.

Levantó la cabeza cuando Logan se le aproximó.

—¿En qué puedo servirle, amigo?

—Me temo que no necesito comprar nada de lo que usted vende. Pero me dijeron que hace tiempo despachó un buen pedido a ese hombre… ¿Lo recuerda?

Dejó la fotografía sobre el mostrador. Lawson empujó los lentes sobre el puente de la nariz, y cabeceó.

—En efecto, vino a comprar. Él y otro, que no dijo una palabra mientras estuvo aquí. Lo recuerdo bien.

—¿Recuerda también lo que compraron?

—Hombre, tenga en cuenta que hace más de un año… Debieron ser artículos de trabajo, porque le dije que si pensaba establecerse en la región yo podía abrirle un crédito. Si sus compras me dieron la idea de que iba a establecerse, es que fueron artículos para remozar una casa, o para trabajar con ellos, supongo.

—¿No aceptó su sugerencia?

—En absoluto, apenas me respondió. No he vuelto a verlo desde entonces.

—¿Y al individuo que le acompañaba?

—¿Al mudo? Tampoco.

Logan revolvió en un bolsillo y extrajo otra fotografía.

—¿Era ése tal vez?

—¡Caray, seguro que sí! Tenía esa misma cara malhumorada. ¿Es realmente mudo? Porque usted debe conocerle…

—Es mudo, en efecto.

—¿Es usted policía?

—En cierto modo. Busco a esos dos individuos, principalmente el viejo. Gracias por lodo. —Me gustaría haberle servido de algo.

—Me ha ayudado.

Se despidió con un gesto y salió.

El viento casi había cesado. Las sombras del crepúsculo se cernían sobre la población cuando entró en la oficina del *sheriff*.

—¿Cómo van las cosas, Logan? —Exclamó Byrkman—. ¿Encontró a su moroso?

—De momento, he hallado la confirmación de que estuvo aquí, hace como un año.

Le contó sus averiguaciones y al final dijo:

—Quisiera un mapa de este territorio y que usted señalara en él las haciendas que han cambiado de mano en los dos últimos años. ¿Cree que podrá ayudarme, *sheriff*?

—No veo dificultad alguna. Lo tendrá por la mañana.

—Estupendo. ¿Qué sabe de la chica?

—¿Any? Según el doctor, no reacciona. Habrá que trasladarla al hospital.

—Lo lamento.

Byrkman le observaba con el ceño fruncido.

—Está usted moviéndose mucho, Logan —comentó de pronto,

sin dejar de mirarle—. Y no siempre en torno a ese fulano que se la pegó a su compañía. Estoy intrigado con usted.

—Yo también estoy intrigado por lo que ha sucedido aquí.

—¿Y por eso está haciendo parte de mi trabajo?

—Le aseguro que no pienso hacer el trabajo de nadie, de todos modos, he de seguir moviéndome si quiero resolver mi propio caso. Hasta la vista, *sheriff*.

Abandonó la oficina sintiendo sobre su nuca la intrigada mirada del representante de la ley.

Para entonces, la oscuridad invadía la tierra y agazapada en la negrura tal vez acechara la muerte…

CAPÍTULO VI

Mike Logan se ajustó una gran funda de piel al cinturón, sobre el lado izquierdo de la cintura. Después, tomó una enorme automática y examinó la carga de nueve poderosos cartuchos.

La pistola era una «*Parabellum*» equivalente al «45» americano. La enfundó y se puso la americana. Dio un vistazo por la ventana. Fuera de la habitación, la noche era oscura, sin luna. Las calles estaban silenciosas, y aparte de las luces de los faroles públicos sólo se distinguía la puerta iluminada de una cafetería próxima.

Bajó a la calle y miró arriba y abajo. No se veía a nadie. El viento se había calmado por completo y la temperatura era calurosa.

Mientras caminaba en busca del coche, pensó en ese pueblo dormido y confiado, tranquilo. Quizá dormido sobre un volcán que podía destruirlos en cualquier momento.

Se estremeció. Dudaba entre confiar en el *sheriff* o no. Byrkman no parecía un hombre capaz de tomar grandes decisiones. Rutinario y acomodaticio, tal vez se desmoralizara en el momento en que más pudiera necesitar de él…

Tomó el coche y emprendió el camino de la oficina de Byrkman, de cualquier modo que rodaran las cosas, el *sheriff* iba a tener que cumplir su parte le gustase o no.

Mientras Logan manejaba el auto por las desiertas calles, el doctor Casey daba el último vistazo a su paciente antes de dejarla descansar el resto de la noche.

Any seguía inmóvil, con sus ojos desorbitados y sin la menor expresión.

Casey le acarició las mejillas y murmuró:

—Si pudiera saber lo que ocultas en tu cabecita, pequeña… Sabría cómo vencer ese maldito *shock*.

No obtuvo de ella ni un parpadeo.

Desalentado, se apartó del lecho y en el instante en que se llevaba un cigarrillo a los labios oyó un fuerte crujido en la planta baja.

Sabía que estaba solo en la casa. Intrigado, se dirigió apresurado hacia las escaleras, abajo no había ninguna luz encendida. En la oscuridad vio moverse algo más oscuro que las sombras.

Aquello, fuera lo que fuere, pasó por el pie de la escalera rápidamente y desapareció más allá, hacia donde estaba el consultorio y la sala de curas.

—¿Quién anda ahí? —gritó el médico.

No obtuvo respuesta.

Alarmado, encendió la luz de la escalera y se precipitó abajo.

Repentinamente, de la puerta que comunicaba con el pasillo posterior de la vivienda saltó una figura increíble.

Fue una aparición espeluznante porque el cuerpo de aquella mujer pareció surgir de la nada en un salto increíble, de una agilidad felina.

Estupefacto, Casey se detuvo en seco al pie de la escalera, mirando el cuerpo desnudo de una mujer joven, extraordinariamente bello en la perfección de sus líneas.

Luego, cuando su mirada llegó a la cara, contuvo el aliento.

Aquel rostro no tenía nada de humano, aunque conservaba las proporciones naturales de la cara de una mujer. Pero lo demás…

El médico sintió que sus piernas temblaban.

La intrusa avanzó cautelosamente. Sus labios se contrajeron en una mueca dejando al descubierto los dientes blancos y afilados y sus grandes ojos llamearon, como si fueran fosforescentes…

—¡Deténgase! —Gritó Casey—. ¡Deténgase dónde está!

Ella no pareció oírle. Paso a paso atravesaba la sala.

Se movía agazapada, como una fiera al acecho. Tendió los brazos…

Y sus dedos eran garras oscuras, afiladas como las de un tigre. Incluso le pareció al aterrado doctor que poseían reflejos metálicos.

—¡Dios bendito! —jadeó Casey, retrocediendo.

En la sala de curas algo se hizo añicos con estrépito. Después, un tremendo impacto hizo estremecer las paredes y oyó desparramarse todo el instrumental que tintineó en medio del impacto.

Empezó a subir los escalones peldaño a peldaño, mientras la mujer desnuda llegaba al primero.

El médico balbuceó:

—¿Quién es usted… qué le sucede? ¡Deténgase!

Su grito coincidió con el fantástico salto de la intrusa.

Sus piernas se distendieron como si fueran muelles de acero, la proyectaron al aire y cayó con todo su impulso sobre el paralizado doctor Casey.

Un terrible zarpazo casi le arrancó la mitad de la cara. Empezó a gritar angustiosamente. Una zarpa espantosa se hundió en su costado mientras de las fauces contraídas de la mujer brotaba un sordo rugido.

Casey intentó debatirse en el torbellino de terror y desesperación, pero ella poseía una fuerza sobrehumana, un poder irresistible.

Los gritos del médico se extinguieron cuando ella hundió los dientes en su garganta y todo acabó.

Un instante después, la mujer levantó la cabeza y pareció ventear el aire. Miró la sangre que brotaba a borbotones por la desgarradura del cuello del médico y luego se apartó de él poco a poco, como a regañadientes.

Pasó por encima del cuerpo inerte. Sus pies desnudos chapotearon en la sangre que se encharcaba en los escalones. Dejó precisas huellas a cada paso que daba escaleras arriba.

La primera puerta correspondía a una habitación vacía, pero estaba cerrada con llave, aquel ser de pesadilla, con la sangre escurriéndole por la barbilla y goteando sobre sus senos, descargó un feroz zarpazo que hizo saltar astillas a la madera. Otro golpe y la puerta cedió.

Ella entró cautelosamente, agazapada.

No había nadie allí. Dejaba escapar un gruñido sordo que retumbaba entre las paredes como el rugido de una fiera de la selva.

Salió otra vez y probó la segunda puerta.

Allí, Any yacía inmóvil en el lecho.

Poco a poco, ella entró y sus ojos llameantes miraron la cara inerte de la muchacha. Después, tendió los brazos y la levantó en vilo, sacándola de la cama sin el menor esfuerzo.

Caminó con su carga hada las escaleras, atravesó la sala y se

internó por el pasillo que conducía a la parte posterior de la casa.

Se oyó otro ruidoso revoltijo en el consultorio. Después, una masa informe se precipitó a la salida arrastrando el cuerpo muerto de Morris Wade.

La casa del doctor Casey se alzaba a un tiro de piedra de otra más próxima al pueblo. Cuando la masa negra que arrastraba el cadáver del muchacho atravesó el jardín posterior y salió al camino, las luces de la otra casa se encendieron y una voz de mujer gritó:

—¿Qué pasa ahí? ¡Doctor Casey! ¿Me oye?

El ser oscuro que se movía en las sombras se detuvo en seco. El cuerpo de Morris Wade rebotó en el suelo cuando lo soltó. Después, empezó a moverse hacia la voz que seguía gritando cada vez más alarmada por la falta de respuesta a sus gritos.

La mujer que gritaba era joven, apenas veinticinco años, alta y perfectamente formada, estaba en el porche posterior de su vivienda cuando vio aquella masa oscura que parecía reptar por el centro del camino.

Karen Flanagan era una muchacha equilibrada y resuelta, pero la visión de algo tan grande moviéndose de aquel modo aterrador la hizo retroceder y entrar en la casa apresuradamente. Cerró la puerta y corrió hacia su cuarto.

Revolvió angustiosamente en un cajón de su cómoda, al fin, sus dedos se cerraron en torno a la culata de un revólver.

Empuñándolo, regresó apresuradamente a la cocina.

Allí se detuvo como herida por un rayo.

Al otro lado de los cristales del ventanal, con la luz interior iluminándola, vio la más espeluznante carátula que pudiera imaginar una mente desequilibrada.

Lanzó un chillido de pavor, desbordada por el espanto. Luego, instintivamente, disparó.

La bala hizo añicos los cristales y la horripilante visión desapareció. Oyó crujir las plantas y los arbustos del jardín y se precipitó a la ventana.

Entonces lo vio. Sintió que el pánico culebreaba por todo su cuerpo llenándolo de un sudor viscoso y frío.

Chillando, disparó bala tras bala contra el ser que huía bamboleándose rápidamente.

No se dio cuenta de que vaciaba el tambor del revólver y de que

a pesar de ello seguía apretando el gatillo obstinadamente, apenas si era capaz de pensar con un mínimo de cordura porque lo que acababa de ver no podía ser nada de este mundo, nada que existiera realmente, sino fruto de una mente desequilibrada por completo, enajenada…, aunque ella sabía que no estaba loca…

Oyó de pronto el roncar furioso de un motor que se aproximaba a una velocidad suicida. Sus chillidos histéricos redoblaron la violencia del tono y cuando el auto frenó violentamente delante de la valla se lanzó desesperadamente hacia el vehículo incapaz de razonar.

Mike Logan la recibió en los brazos con tanto ímpetu que ella le tiró de espaldas contra la carrocería del auto que acababa de abandonar.

—¡Bueno, cálmese! ¿Fue usted quién disparó?

—¡Sí, sí…!

Llevaba aún el revólver. Por lo que pudiera suceder, él se lo quitó guardándolo en un bolsillo.

—Tranquilícese. ¿Contra quién disparó?

—¡Era horrible…!

—Está bien. ¿Sabe si le hirió o qué?

—¡No, no, escapó a pesar de todo!

Temblaba como sacudida por un huracán.

Logan la apartó suavemente, mirándola. Era tan hermosa que casi se negó a creer que tuviera realmente a una mujer semejante entre las manos.

—Bien, ahora no tiene nada que temer, deje de temblar.

Metió la mano por la ventanilla y encendió los faros largos del coche. La luz se desparramó a lo largo del camino, revelando el oscuro bulto tendido a cierta distancia.

—Pues, señor, tiene usted mejor puntería de la que imagina…, ahí tiene al tipo.

Ella sacudió la cabeza.

—¡Pero yo no disparé contra ningún hombre!

—¿Qué?

Karen sacudió la cabeza. Por primera vez miró al hombre que aún la rodeaba con sus brazos y exclamó:

—¿Quién es usted?

—¡Rayos! No estábamos hablando de mí, sino del tipo al que

usted le disparó.

—¡Le repito que no era ningún hombre…!

—¿Qué era entonces?

—Creo que… que una araña.

Logan la apartó vivamente para poder mirarla a la cara.

—¿Ha dicho una araña?

—¡Sí, sí, pero de un tamaño gigante…, un monstruo enorme, increíble…!

—¡Ya… increíble, ésa es la palabra!

—¿No quiere creerme?

Él no replicó porque estaba oyendo voces excitadas aproximándose.

El primero en llegar fue el *sheriff* Byrkman. Llevaba su revólver de reglamento en las manos y cuando vio a Mike sosteniendo a la muchacha pareció muy sorprendido.

—¡Cuernos, Logan! Usted tiene el don de estar siempre en el lugar preciso donde hay líos…

—Estaba buscándole a usted cuando escuché los disparos. Decidí echar un vistazo y eso es todo.

—¿Quién hizo los disparos?

—Esta chica.

—¿Tú, Karen?

—Sí, *sheriff*, aunque tampoco va a creerme…

—Ella dice que le disparó a una araña gigantesca. Pero ahí en el camino hay un tipo despatarrado. Mejor será que vaya a echarle un vistazo, Byrkman.

—Ya veo…, de modo que a una araña. ¡Bueno!

Se fue trotando hacia donde se distinguía el cuerpo tirado en el camino.

La gente iba agrupándose frente al jardín de la muchacha.

De pronto, Mike dijo:

—¿Cómo fue que tenía usted un revólver a mano, muchacha?

—No lo tenía… Oí gritos en la casa del doctor Casey… unos gritos horribles. Salí y le llamé, pero no me respondió. Estaba llamándolo cuando vi una gran cosa negra acercándose por el camino. Fue entonces que entré en busca del arma… Yo vivo sola y compré el revólver hace tiempo… cuando se dieron algunos asaltos nocturnos por los contornos.

—Buena chica. Por lo menos tuvo el sentido común de utilizarlo cuando debía.

El *sheriff* regresaba al trote, antes de llegar oyeron su jadeante respiración.

—Y bien, Byrkman. ¿Conoce usted a…?

Logan se interrumpió al ver el rostro desencajado del representante de la ley.

Éste balbuceó:

—Karen no le disparó al hombre que está allí… Es Morris Wade… o lo que queda de él. El doctor le había practicado la autopsia ya.

Se apartó rápidamente y vomitó en un rincón.

Karen balbuceó:

—¿Me cree ahora?

Mike murmuró:

—Por lo menos, sabemos que le disparó a algo que a usted le pareció una gran araña. Y es curioso que con todo este alboroto no haya asomado el doctor Casey.

—Ya le dije que oí gritos en su casa…, y esa cosa negra venía de esa dirección cuando yo la vi.

—Iré a echar un vistazo… ¡Eh, *sheriff*! ¿Se encuentra mejor?

—Seguro. Lamento haberme descompuesto de ese modo.

—Olvídelo. Vamos a ver por qué el doctor Casey no ha aparecido, si le parece. Hay luz en una ventana alta de su casa.

La gente comenzó a desplazarse hacia donde yacía el cadáver de Wade. Karen se aferró al brazo de Logan y musitó:

—Yo no me quedo aquí sola. Voy con usted.

—No olvide que podemos tropezamos con algo muy desagradable allí.

—No lo será más que lo que he visto antes…

Echó a andar a su lado, siguiendo al *sheriff* que ahora caminaba casi marcialmente para hacer olvidar su desmoronamiento anterior.

Mientras avanzaban, Mike no podía apartar la mirada del bellísimo perfil de la muchacha.

—¿Sabe una cosa? —dijo de pronto—. Muy pocas mujeres habrían reaccionado como usted esta noche. Es usted muy valiente.

—Al contrario… Reaccioné de ese modo porque estaba muerta de miedo. Creo que temblaba tanto que por eso no acerté ni uno de

los disparos.

—Eso no podemos saberlo todavía.

Byrkman se había detenido frente a la puerta posterior de la casa del médico.

—¡Quédense dónde están! —Ordenó a gritos—. ¡No quiero que borren las posibles huellas, si las hay! Usted. Logan, acompáñeme.

Karen se pegó materialmente a él.

—No me deje aquí…

—Venga si quiere, pero luego no se queje si lo que encontramos es peor de lo que ya ha visto esta noche.

El *sheriff* entró en la gran cocina y encendió la luz. Inmediatamente vio las rojas huellas en el suelo y exclamó:

—¡Cuidado, Logan, no las pise!

Mike las había descubierto también y se inclinó, sintiendo un agudo frío en la columna vertebral.

—Son huellas de mujer… pies desnudos —murmuró—. ¿Qué diablos ha sucedido aquí? —Mire ésas…, algo las ha semiborrado.

Era cierto, algunas de las huellas de pies estaban confusas como si alguien hubiera frotado un paño contra ellas.

Sorteando las claras marcas del suelo se internaron en la casa.

Lo que vieron en la escalera les revolvió el estómago.

Karen dio un grito y se desmayó.

CAPÍTULO VII

Karen sollozaba sentada en una butaca. Byrkman tenía una expresión de absoluto desconcierto en su cara esmirriada, y Mike Logan estaba agazapado examinando cada una de las huellas de mujer impresas con sangre sobre el suelo.

El *sheriff* balbuceó:

—No pierda más tiempo. Son de una mujer sin ninguna duda. Pero esos destrozos, en el cuerpo del pobre doctor Casey no los hizo ninguna mujer…

—Si se fija usted bien, hay una ligera diferencia en estas huellas. Las que se dirigen escaleras arriba desde el charco de sangre son más reducidas en su amplitud que las que descienden…

—¿Quiere decir que había dos mujeres andando descalzas por aquí?

—No… sólo una, creo yo. Pero cuando subió pesaba mucho menos que al bajar.

—¿Qué clase de jeroglífico es ése?

—Sencillamente, que cuando descendió lo hizo cargada con algo pesado… seguramente el cuerpo de Any. Las huellas de regreso son más anchas y los pasos más cortos. Iba cargada sin ninguna duda.

—Bueno, pienso que Any era una muchacha esbelta, pero incluso así pesaría demasiado para que una mujer la llevara en volandas y caminara con ella hasta fuera de la casa.

—Any ha desaparecido, ¿no?

—Seguro.

—Además, alguien sacó el cuerpo de Wade de la sala de curas del doctor, que era donde le había practicado la autopsia. No pudo ser la mujer, porque ésta descendió cargada del piso y se fue directamente hacia la salida posterior.

—Ya entiendo…

—Ese ser monstruoso que Karen dice haber visto pudo sacar el cuerpo del muchacho. Sólo una bestia causaría unos destrozos como los que hay en el consultorio y la sala de curas… Luego, una vez fuera, esa «cosa» abandonó el cuerpo al oír gritar a Karen y fue hacia ella.

Byrkman le miró desolado.

—¿Va a dar crédito a esa historia de la araña gigante?

—Hasta cierto punto, sí.

La muchacha dejó de sollozar y levantó la cabeza al oírle.

Byrkman se llevó las manos a la cabeza.

—Era lo único que me faltaba… Hasta ahora usted era el único que había mantenido la mente serena en todo este embrollo…

—Y sigo estando absolutamente sereno.

Karen se levantó, acercándose a Mike.

—Le juro que le dije la verdad… era una araña gigante…

—Está bien, trate de olvidarlo por un rato y tranquilícese.

Logan le sonrió y después se acercó de nuevo a las escaleras. Levantó la manta con que habían cubierto el cadáver del médico y examinó las tremendas heridas que presentaba.

—Byrkman, creo que nos enfrentamos a una pesadilla de la que ni siquiera tenemos idea. Estas heridas han sido producidas por unas garras de fuerza colosal… Fíjese.

—Si vuelvo a mirar eso vomitaré otra vez. Le creo, de cualquier modo.

—Pero la del cuello es distinta. Es simplemente una dentellada.

—Como la de Morris Wade.

—No.

—¿Cómo que no? Está casi en el mismo lugar y…

—La de Wade era más bien un desgarro. Ésta es una mordedura que ha cercenado la yugular, matándole.

—No veo que haya tanta diferencia…

—La hay.

Volvió a colocar la manta cubriendo el cuerpo y apartándose encendió un cigarrillo.

—Hay algo diabólico en todo lo que sucede —murmuró—, algo que escapa a la comprensión de una mente normal y consciente.

Esta vez, el *sheriff* no replicó.

Hubo un largo silencio, hasta que Mike preguntó:

—¿No le había dado el resultado de la autopsia el doctor, Byrkman?

—Aún no… sólo me llamó por teléfono diciéndome que lo enviada por escrito, porque antes de pronunciarse quería estar seguro de lo que estaba encontrando en el cadáver de Wade.

—Lástima.

Logan se fue hacia el destrozado consultorio. La mesa de trabajo estaba volcada y no quedaba nada en su lugar. El suelo estaba sembrado de papeles, fichas caídas del derribado archivador, objetos de escritorio y un sinfín de instrumentos médicos. Pacientemente empezó a reunir los papeles dispersos, amontonándolos a un lado tras echar un vistazo a cada uno.

Byrkman y Karen asomaron por la puerta. Le sorprendieron a gatas y el *sheriff* comentó:

—¿Qué espera encontrar, Logan?

—No estoy seguro ni yo mismo. Oiga, es posible que ese trabajo me ocupe durante una hora o más. Debería acompañar usted a Karen a su casa. Ha tenido una noche muy dura.

—¡No quiero quedarme sola en casa esta noche! —protestó la muchacha—. Precisamente esta noche es cuando no tiene nada que temer. Hay demasiada gente en las calles para que nadie intente nada contra usted.

—De cualquier modo, yo me quedo aquí, allí donde vayan ustedes allí iré yo.

—Bien, allá usted.

Byrkman y la joven regresaron al salón, dejando a Logan sumergido en todo aquel revoltijo.

Casi una hora más tarde encontró lo que había tenido la esperanza de hallar.

Era el borrador del informe de la autopsia.

Sentado en el suelo, lo leyó rápidamente. Sintió de pronto un extraordinario frío en la médula y sus manos empezaron a temblar. Dominándose con esfuerzo, porque el estómago se le encabritaba ante la atroz idea de lo que estaba leyendo, llegó al final del escrito y se quedó unos minutos inmóvil, estremecido, incapaz, de pensar razonablemente.

Cuando se levantó abandonó el destrozado despacho y fue a reunirse con Karen y el *sheriff*.

—El doctor había preparado un borrador del informe —anunció, mostrándolo—. Mejor será que lo lea, Byrkman, y después empiece a pensar en la mejor manera de proteger a los habitantes de este pueblo.

—¿Qué diablos quiere decir con eso?

—Lo sabrá cuando lo haya leído.

—¿Es que se marcha usted?

—Seguro. No pretenderá que haga su trabajo…

Tomó el brazo de la muchacha y la llevó hacia la salida.

Fuera quedaba aún cierto número de intrigados curiosos hablando con el alguacil. Logan se apartó de todos ellos y señalando el camino que se perdía en el oscuro paisaje murmuró:

—En esa dirección, además del club, ¿qué otras casas hay, lo sabe usted, Karen?

—Ninguna. Mucho más lejos, ya al borde del desierto, hay una granja solamente.

—¿Sabe si ha sido construida estos últimos años?

—No… hace muchísimo tiempo que existe. Quince o veinte años por lo menos.

—¿Ningún edificio que haya sido construido recientemente?

Ella movió la cabeza.

—Ninguno. ¿Por qué lo pregunta?

Encogiéndose de hombros. Logan masculló:

—Era sólo una idea. Vamos, la llevaré a su casa.

—¿De veras cree que esta noche no sucederá nada?

Mike sonrió.

—Tiene miedo, ¿no es cierto?

—¿Miedo? Siento verdadero pánico a quedarme sola.

—Sin embargo, insisto en que no creo que tenga nada que temer.

Caminaron en silencio. Una vez en el oscuro jardín, la muchacha susurró:

—¿A qué vino usted a este pueblo, Mike? Le he visto investigar las huellas y todo lo demás y no puedo creer que sea usted un simple cobrador de morosos como me dijo en casa del doctor Casey…

—Bien, digamos que estoy aquí en misión oficial. Eso deberla bastarle.

—¿Qué clase de misión?

—En todo caso, quien está investigando soy yo.

Al fin, ella sonrió.

—Creo que tomaré una habitación en el hotel —dijo—, allí no estaré sola y podré sentirme más segura.

—Es una buena idea si teme quedarse en su casa. Espero que le asignen la habitación vecina a la mía. Yo también me sentiré mejor si puedo tenerla cerca…

Rápidamente, la llevó hacia su coche y ambos emprendieron la marcha. Instantes después, el *sheriff* salió como una tromba de la casa del doctor. Estaba lívido y descompuesto, y la visión del auto alejándose no contribuyó a mejorar su aspecto.

La verdad es que el *sheriff* hubiera querido encontrarse a mil millas de Tahoka en esos momentos, a mil millas y dedicado a cualquier trabajo tranquilo y sedentario…

CAPÍTULO VIII

De nuevo el viento se había convertido en una pesadilla y el polvo, en el maltrecho camino, casi impedía la visibilidad.

Logan condujo despacio durante todo el trayecto hasta vislumbrar de modo difuminado los contornos de la granja que buscaba.

Luego, cuando estuvo más cerca, apreció los detalles que demostraban que, tal como dijera Karen la noche anterior, habían caído más de veinte años sobre su tejado.

Paró el coche frente a la entrada. Un hombre apareció en la puerta, sin abrir ésta más de lo necesario para evitar que penetrara el polvo dentro.

—¿Qué busca aquí, amigo? —tartajeó el hombre.

—Mi nombre es Logan. ¿Puedo entrar un momento?

—Claro…

El campesino se apresuró a cerrar la puerta tan pronto Mike la hubo cruzado.

En el interior, una mujer menuda y vivaracha le dio la bienvenida y dijo:

—¿Le apetece un poco de café? Acabo de prepararlo para nosotros en este momento…

—Muchas gracias.

El granjero dijo:

—Ahora veamos qué le ha traído aquí, señor Logan.

—Quizá haya perdido el tiempo, pero deseo preguntarles si estos últimos tiempos han observado algo inusitado en los alrededores.

—¿Qué quiere decir con «inusitado»?

—Cualquier cosa fuera de lo común.

Los esposos se miraron, un tanto perplejos.

—La verdad es que me sorprende —confesó el granjero—. Que

yo recuerde, nada ha sucedido que se haya apartado de la rutina acostumbrada.

La mujer terció:

—Como no sea lo de los perros…

Mike dio un respingo.

—¿Qué pasa con sus perros?

El hombre gruñó:

—Desaparecieron, animales adiestrados, fieles, y de repente se esfumaron. No he podido entenderlo todavía.

—Y no sólo los perros —le recordó su mujer, mientras llenaba las tazas con el humeante café—. También nos falta una ternera.

—Bueno, la ternera pudo extraviarse. Ya sucedió alguna que otra vez. Pero los perros no. Nadie me quitará de la cabeza que se los llevaron, de lo contrario esos animales habrían vuelto a casa sin la menor duda.

Mike sorbió el café en silencio.

Cuando dejo la taza dijo:

—¿Hay alguna clase de animales grandes y peligrosos en este territorio?

—Ninguno. Hasta los coyotes se han extinguido. No, amigo; no fue ningún animal salvaje quien se llevó mis perros, aunque no comprendo por qué alguien los robaría. No eran valiosos más que para nosotros.

—¿Sabe usted que en el pueblo han desaparecido otros perros también?

—¿En Tahoka? Ahora aún lo entiendo menos. Oiga, usted es forastero. Nunca le había visto en el pueblo antes de ahora.

—Cierto, estoy sólo de paso. Pero por una razón que ahora no puedo revelar estoy interesado en algunos sucesos recientes.

Terminó el café y se levantó.

—Antes de irme, dejen que les dé un consejo… Cuando llegue la noche, cierren puertas y ventanas y no salgan al exterior, aunque oigan ruidos extraños.

—¿Por qué? —Gruñó el granjero, suspicaz—. No me gusta su manera de hablar, amigo. —No puedo decirles más, pero hagan lo que les aconsejo.

—Creo que será mejor que se vaya de aquí —refunfuñó el hombre, ceñudo—. Personalmente, nunca me gustaron los

forasteros. Sé por experiencia que sólo traen problemas.

—¿Ha visto usted muchos en estos contornos?

—Afortunadamente, muy pocos.

—¿Vio a éste alguna vez? —preguntó mostrándole la fotografía de Walter Snatch.

—Esa cara es completamente desconocida para mí.

Mike suspiró.

—Bien, de todos modos, gracias por su hospitalidad. Y a usted por su café, señora.

Salió sin esperar respuesta, hizo dar la vuelta al coche y emprendió el regreso a Tahoka.

* * *

El *sheriff* Byrkman dio un salto al verle entrar en su oficina.

—¡Diablos, Logan! Creí que se había largado… Estuve buscándole toda la mañana.

—¿Preparó el mapa que le pedí?

—Sí, aquí lo tengo. Pero esquive por más tiempo la cuestión. ¿Qué sacó en claro del informe del doctor?

—Creo que estaba claro.

—¿Claro? —Bufó Byrkman—. Es una sarta de insensateces.

—Puede que algo no sea exacto. Pero el cadáver de Morris Wade está ahí. No es una insensatez. Y tampoco lo es que alguien tratara de llevárselo anoche. Sólo podía hacerlo desaparecer para eliminar así esa prueba de algo insólito, monstruoso y aterrador.

—¿Olvida que según todos los indicios fue una especie de monstruo el que lo sacó de la casa? Por lo menos si hemos de creer en lo que Karen nos contó.

—¿Y qué con eso?

—¡Pero, hombre, Logan! —Exclamó el *sheriff*—. Usted opina que se lo llevaban para eliminar pruebas. Pero no creerá que un animal, extraño o no, araña o lo que sea, tiene la inteligencia suficiente para querer eliminar pruebas.

—Hasta aquí no sabemos exactamente lo que fue que Karen vio, a decir verdad, lo ignoramos todo sobre ese ser fantástico, aunque si no es una araña será cualquier otra cosa, el caso es que existe.

—Pero lo del informe es demencial, hombre. Sugerir que el cuerpo del muchacho fue absorbido a través de la desgarradura de

su cuello… vaciado de ese modo es idiota.

Mike encendió un cigarrillo. Con voz lenta preguntó:

—¿Sabe usted cómo se alimentan las arañas, Byrkman?

—Con los insectos que atrapan en sus redes.

—Pero ¿cómo los devoran?

El *sheriff* abrió la boca, disponiéndose a replicar. Pero no pronunció una palabra olvidándose de cerrar la boca hasta unos instantes después.

Mike añadió:

—Ahí tiene… Habrá observado alguna vez que en las telarañas quedan los cuerpos de los insectos apresados… pero vacíos. Si por la dureza de sus víctimas no pueden «sorber» la masa interior, cierta clase de arañas les inyecta una especie de jugo que disuelve la materia hasta licuarla. Eso tiene un nombre científico. Exodigestión, si no me equivoco.

Byrkman dio una arcada y aspiró hondo para contenerse.

—Pero habría de tratarse de una araña colosal para que pudiera hacer eso con un ser humano…, con un hombre tan corpulento como era Morris.

—La «cosa» que vio Karen anoche era de un tamaño colosal, y a ella le pareció una araña.

—Pero… pero… ¿de dónde infiernos puede haber salido un monstruo semejante, Logan? ¡Caray! —Exclamó de pronto—, ahora comprendo su interés por las mutaciones provocadas por la primera explosión atómica.

—Byrkman, puede estar seguro de que si ese monstruo existe, no es debido a las radiaciones accidentales de aquella explosión ni de ninguna otra posterior.

—Entonces, ¿de dónde procede?

—No lo sé.

—Logan, usted se guarda un as en la manga, estoy seguro.

—Veamos ese mapa si no le importa —dijo Mike, desviando el tema de conversación.

Con un gruñido de disgusto, el *sheriff* sacó un mapa plagado de uno de los cajones de la mesa. Tras extenderlo sobre ésta dijo:

—Le he señalado con un círculo rojo las haciendas que han cambiado de propietario en los últimos años… No ha sido difícil, porque sólo hay tres, que yo sepa.

—Señale también el lugar donde Morris fue atacado, ¿quiere?

—Bueno…

Lo marcó claramente.

Mike se inclinó sobre el mapa y comenzó a examinarlo. Vio sin dificultad los tres círculos rojos.

El más cercano al lugar donde Morris Wade fuera atacado quedaba de ese punto siete u ocho millas hacia el desierto.

—¿Quiere decir que ahí hay una casa? —preguntó, asombrado.

—Por supuesto. Perteneció a los Harding, hasta que la vendieron hace un par de años más o menos. Se marcharon a la ciudad porque sus dos hijos ya no aguantaban más aquí.

—Y el nuevo propietario, ¿cómo se llama?

—Henry Watkins. Un tipo más bien huraño. Nunca viene al pueblo.

—¿Le conoce usted?

—Le vi una vez fugazmente, cuando pasó por aquí en un *jeep*.

—¿Joven o viejo?

—Mayor, desde luego, aunque no lleva lentes como el tipo de su fotografía. Y no creo que se parezca a él tampoco.

—Hubiera sido demasiada suerte… No obstante, me sorprende que alguien construyera en el desierto.

—Ese paraje no pertenece propiamente al desierto, aunque está en sus estribaciones. Los Harding consiguieron sacarle un rendimiento aceptable y sólo vendieron la propiedad para complacer a sus hijos.

Mike señaló otro de los círculos encamados.

—¿Y ésta, Byrkman?

—Bueno, la he señalado porque en cierto modo no pertenece a sus primitivos propietarios. En realidad está abandonada. Se marcharon cuando nadie quiso comprársela. Sus tierras son infames, no dispone de pastos y fracasaron al buscar agua en el subsuelo. Los que la construyeron se llamaban Pape.

—¿Y la tercera?

—Fue de los Waterford, ahora pertenece a alguien llamado Stroeve. Un matrimonio con dos hijos pequeños. Crían algo de ganado y se defienden bien.

—Ya veo.

—Si cree que cualquiera de estas gentes es el hombre que usted

anda buscando, mejor que lo olvide.

—Tiene que vivir en algún sitio. Compró materiales y herramientas en el almacén de Lawson.

El *sheriff* se desentendió pronto de un problema que no le incumbía directamente.

—Volviendo a lo que hablábamos antes, Logan, me gustaría que fuera sincero conmigo. Porque usted sabe algo que no quiere decirme, pero si está relacionado con lo que está sucediendo aquí no puedo admitir que guarde silencio.

—No pretendo guardar para mí nada que pueda ayudarle a solucionar esos crímenes bestiales. Byrkman. Pero necesito estar seguro de que realmente lo que se tiene conexión con su problema. Creo que en unas horas estaré en condiciones de saber a qué atenerme.

Byrkman le observó con suspicacia.

—Está bien, esperaré. Después de todo está usted ayudándome en gran manera.

—¿Cómo está Karen? Cuando abandoné el hotel esta mañana aún no se había levantado.

—La vi cuando abría la biblioteca.

—¿La biblioteca?

—Creí que sabía usted que ella es nuestra bibliotecaria.

—Lo ignoraba.

El *sheriff* esbozó una sonrisa.

—Creo que tiene usted un interés algo más que profesional por esa chica. Logan.

—Bueno, es muy hermosa. He visto pocas mujeres en mi vida que puedan comparársele.

—Reconozco que es una gran muchacha, pero es sorprendente que en las presentes circunstancias sea usted capaz de pensar en los atractivos de una mujer…

Mike sonrió.

—Con monstruos o sin ellos, hemos de seguir viviendo, ¿no le parece?

Byrkman soltó un gruñido.

—Quizá si yo tuviera sólo sus años pensase igual, pero ahora me resulta inconcebible. Estuve sacando fotografías del cadáver del doctor Casey, especialmente de sus heridas. También telegrafié a

Portales solicitando que envíen un forense cuanto antes. En cuanto a huellas, a excepción de las que vimos en la casa, no he podido localizar una sola más.

—Era de esperar. Oiga, Byrkman. ¿Tendría usted medio de dar una escolta permanente a Karen?

—¿Teme que vuelvan a atacarla?

—No lo sé, pero hasta ahora parece que hay alguien interesado en que todo aquel que consigue ver esa cosa negra desaparezca.

—El doctor Casey no la había visto y murió también.

—Pero en su caso había estudiado el cuerpo de Morris, una víctima del extraño fenómeno. Y recuerde que en lo que se refiere al cadáver del muchacho intentaban llevárselo también.

—Sí, claro… Pero sólo dispongo de Loeb.

—Entonces asígnele ese trabajo. Que no se separe de ella en ningún momento hasta que se retire ni hotel. Una vez allí, yo me ocuparé de su protección.

—Está bien, lo haremos así.

Aliviado por ese lado, Mike se despidió del *sheriff* y tomando el coche partió una vez más sumergiéndose en el viento y el polvo por el desolado paisaje de las dunas.

CAPÍTULO IX

Acababan de cenar en el hotel cuando Karen murmuró:

—Sé que fue usted quien sugirió que me protegieran a todas horas, Mike…

—Me pareció lo mejor.

—Y se lo agradezco, además, Loeb es un buen muchacho y no interfiere mi trabajo.

—¿Y yo sí?

Ella sonrió.

—Usted me vigila a horas en que no tengo trabajo alguno.

—Aquí en el hotel no necesita usted protección. Siempre hay un empleado de servicio, y cuatro huéspedes más.

—Y usted.

Él desvió la mirada.

—Esta noche no —dijo.

—¿No estará usted aquí?

—No.

—Pero, Mike, no le he visto en todo el día. Sé que estuvo fuera del pueblo…

—Visité una granja abandonada. Era solamente eso: un lugar desolado y muerto. No encontré nada de lo que buscaba.

—¿Y esta noche?

—Está bien, se lo diré. Voy a alojarme en su propia casa.

Ella casi se levantó de un salto.

—Por Dios —exclamó—. ¿Supone usted que aquella cosa horrible irá allí esta noche? —Casi estoy seguro si no me equivoco al valorar lo sucedido hasta ahora.

Ella entrelazó las manos y le miró, llena de angustia.

—Pretende arriesgarse por mí —musitó—. Ocupar mi lugar…

—No exactamente. Pero si la araña o lo que quiera que sea que

usted vio vuelve para eliminar a la única persona viva que la vio… Bien, me encontrará a mí.

—Y yo estaré sola aquí, en el hotel…

—No se quedará sola.

Ella le miraba, y en sus ojos profundos empezó a brillar una chispa de resolución.

—Iré con usted —decidió de pronto—. Me sentiré mucho mejor teniéndole al lado.

Logan casi saltó fuera de la silla.

—¿Cree que eso es un juego? —exclamó—. Monstruo o no, lo que sea mata sin titubear. —Estoy segura que a su lado no podrá sucederme nada malo.

—Ya Quisiera tener yo semejante confianza en mí mismo… Mire, muchacha, estaré mucho más tranquilo si se queda aquí esta noche.

—Quiero ir con usted, Mike. Estoy decidida, además, dispongo otra vez de mi revólver, ¿lo ha olvidado?

Él suspiró resignadamente.

—No puedo prohibirle que regrese a su propia casa, desde luego, pero pida al cielo que todo salga bien, preciosa, porque si las cosas se ponen feas allí es posible que no podamos arrepentimos de haber querido representar el papel de héroes.

* * *

Habían recorrido la casa pieza por pieza al llegar, y después, en completa oscuridad, se instalaron en la cocina cuya puerta comunicaba con el jardín posterior.

Poco a poco el silencio nocturno, turbado sólo por el zumbido del viento del desierto que esa noche no cesaba, se fue adueñando hasta de sus sensaciones.

Con voz ligeramente temblorosa, la muchacha susurró:

—¿Sabe una cosa, Mike?

—¿Qué cosa?

—Creo que tengo miedo.

Él rió silenciosamente.

—Yo también —dijo con voz queda—. Todo el mundo tiene miedo por una cosa u otra, y le aseguro que nosotros tenemos más motivos que nadie para tenerlo esta noche. —Hábleme de lo que

sabe, Mike. Su voz me dará ánimo.

—Y nos distraerá. No me conviene. El viento ahoga cualquier ruido del exterior y quiero tener todos los sentidos pendientes de lo que pueda venir de allá fuera. Reconozco que eso, con usted a mi lado, es difícil porque distrae precisamente mis sentidos, pero es preciso pensar que nuestras cabezas pueden depender de un pequeño descuido.

—¿Por qué dice que distraigo sus sentidos?

—¡Cuernos! ¿Es que no se mira al espejo? Imagino que en este pueblo habrá hombres que le habrán dicho alguna vez lo hermosa que es.

—¿Eso es lo que quiere decirme usted?

—Karen, no me alborote. No es la ocasión, se lo aseguro.

Él se levantó silenciosamente y atravesando la cocina acercó a la ventana. Paseó la mirada por la oscuridad del exterior. Sólo vio los arbustos del seto sacudidos por el viento y el fino polvo que se mecía flotando en el aire difuminando las siluetas de cada planta. Regresó a la silla, junto a la muchacha en el rincón más alejado de la puerta.

En alguna parte de la casa, el viento hizo crujir el postigo de alguna ventana.

¿O no era el viento?

—¿Está segura que todas las ventanas están cerradas por dentro, Karen? —susurró—. Las hemos comprobado una a una, ¿recuerda? Cuando sopla el viento, aunque estén bien cerradas, alguna cruje. ¿No ha visto nada allá fuera?

—En absoluto. El polvo acaba de dificultar la visión, pero no había nada sospechoso. —Mike…

—¿Sí?

—¿Dónde vive usted regularmente, en Santa Fe?

—No…

—¿Dónde entonces?

—En Nueva York.

Ella dio un respingo.

—¿Y vino a Nuevo México desde Nueva York para una investigación?

—Así es.

Ella suspiró.

—Estoy cada vez más intrigada por usted.

—¿Le costaría mucho cerrar su linda boquita, Karen?

—Si hablo me olvido de que estoy asustada.

—Deme la mano, ¿quiere?

Ella tanteó en la oscuridad hasta que sintió unos dedos duros aprisionar los suyos.

Mike susurró:

—No está temblando. Eso es buena señal.

—Le juro que si estuviera sola empezaría a chillar ahora mismo…

Él tiró suavemente de ella. En las tinieblas la cara de la muchacha era sólo una mancha pálida en la que destellaban sus profundos ojos como estrellas.

Sin una palabra, Mike inclinó la cabeza y buscó su boca hasta aprisionarla con sus labios. Temió que Karen se echase atrás, que protestara o le apartara de ella indignada. No sucedió nada de eso.

Simplemente, suspiró y abandonándose entre sus brazos se sumergió en el largo beso como si el ardor de la caricia borrara todos sus temores.

Él la sentía palpitar entre sus manos, y su boca era como una llama suave en la que el aliento era una suave caricia.

Entonces, en el silbar del viento, en el crujir de la ventana, hubo un chasquido que rompió la monotonía de los otros sonidos ya casi familiares.

Mike la aparró bruscamente y musitó:

—¡No hables!

—¿Qué… qué…?

—No te muevas. Creo que ya está aquí…

Él se levantó tenso como un cable de acero y corrió hacia la ventana.

Fuera seguía tan oscuro como antes. El zumbido del viento empezaba a amainar, aunque todavía sacudía el seto.

Las plantas se mecían con violencia. No obstante, la cortina de polvo empezaba a posarse en la tierra poco a poco.

Trató de imaginar qué planta había producido aquel seco chasquido. Una rama al quebrarse con toda seguridad.

Acostumbrado a la oscuridad, esperó pacientemente pegado a un ángulo de la ventana. Luego, cuando lo vio, casi saltó atrás porque

fue como si un pedazo de las tinieblas se hubiera puesto en movimiento a corta distancia del ventanal.

Era una masa oscura, informe, que parecía rodar aproximándose.

Sólo cuando estuvo más cerca distinguió algunos detalles y eso no contribuyó a tranquilizarle precisamente.

Retrocedió rápidamente hasta sentir la presencia de la muchacha a su lado.

—Ya está aquí —susurró—. Colócate en la puerta del pasillo. Si… Bueno, si algo va mal, huye. ¿Comprendes lo que te digo? ¡Escapa y cierra la puerta detrás de ti! No intentes luchar en ningún caso. Sólo huye.

—Si algo va mal… ¿Quieres decir si no puedes matar a esa bestia?

—Eso es. Te aseguro que si no puedo matarla con mi cañón, tu pequeño revolver no le hará ni cosquillas. Ven…

La llevó hasta la puerta que comunicaba con el pasillo, a través del cual se llegaba al resto de la planta baja.

—Si tienes que huir sal por la puerta delantera y corre. No te detengas, no mires atrás ni desperdicies un segundo.

—Pero ¿y tú?

En la oscuridad, él soltó un gruñido.

—Si te ves obligada a huir ya no valdrá la pena preocuparse por mí. Y ahora quieta y no hables más. Cuando yo encienda la luz empezará la fiesta.

Se apartó cautelosamente de la muchacha y sus dedos tantearon la pared hasta tocar la llave de la luz.

Se dispuso a esperar conteniendo el aliento.

Justo en aquel instante, algo desde el exterior rompió ruidosamente un cristal de la ventana.

Mike oyó el leve quejido de la muchacha, pero aguardó. Vio un oscuro movimiento en el ventanal y al fin un estallido de cristales. No debía quedar uno solo entero.

Dio vuelta al interruptor y la luz brilló bruscamente.

Logan sintió que se le erizaban los cabellos y un terrible escalofrío le sacudió de la cabeza a los pies, al mismo tiempo, tras él, Karen lanzó un grito de espanto.

A través de la ventana rota entraban unos largos y peludos

tentáculos que parecían tantear alrededor. Detrás de las robustas patas cubiertas de rígidos pelos negros, como suspendida en el aire, flotaba una espeluznante cabezota provista de unos extraños ojos inmóviles. Más allá de la cabeza, el peludo cuerpo rechoncho de la colosal araña estaba izándose y penetrando en la cocina.

Karen jadeó:

—¡Por Dios, Mike!

—¡Quieta!

Esperó aún, con la poderosa «*Parabellum*» en la mano hasta que todo el cuerpo de aquella bestia increíble hubo entrado. Era gigantesca, tan grande erguida sobre sus patas alcanzaba la estatura de un hombre.

Aquellos ojos escalofriantes les miraban fijo. Los cuatro pares de patas se movían sin cesar, y de nuevo estaba en movimiento.

Mike tiró suavemente del gatillo. El horrísono estampido hizo estremecer hasta las paredes y el pesado proyectil sacudió el corpachón peludo, deteniéndolo.

Luego empezó a moverse otra vez.

Mike tenía la espalda apoyada en la pared y empapada de sudor. Disparó de nuevo una y otra vez. Los quelíceros de la monstruosa araña chascaron con un ruido seco, furiosamente, como si entre aquellos garfios óseos pudiera triturar ya al enemigo que la hería…

Era un pico pronunciado, aguzado y con los bordes interiores provistos de una sucesión de afilados dientes de sierra. Por primera vez, Mike comprendió cómo había sido producida la atroz herida del cuello de Morris Wade.

Ahora, la bestia se había detenido y se balanceaba de un lado a otro sobre sus largas patas peludas. Mike dominó el temblor que le sacudía y apuntó a uno de aquellos ojos semejantes a pelotas de tenis de un color pardusco.

Cuando tiró del gatillo y disparó, el ojo pareció reventar como una pequeña bomba. Por primera vez, las patas del monstruo cedieron y el cuerpo se revolcó en el suelo. Producía un crujido aterrador con sus afilados quelíceros, y un sordo gruñido parecía desprenderse de su voluminoso cuerpo.

Luego, aunque vacilando, volvió a levantarse. Rechinando los dientes, Mike acabó de vaciar toda la carga de la automática sobre aquella pesadilla viviente y al fin la araña se desplomó entre el

revoltijo de sus patas, mientras bajo ella burbujeaba una espesa mezcla nauseabunda.

—¡Creí que no podría matarla…! —jadeó con voz ahogada, mientras cambiaba el cargador agotado por otro repleto con nueve cartuchos nuevos.

Se volvió. Karen estaba aferrada al quicio de la puerta para no caer. Lívida, sus bellísimos ojos estaban velados por el horror.

—Ya pasó, querida. Mejor que me esperes en la sala. Por favor, linda…

Ella asintió incapaz de hablar.

Se oían voces en el exterior. Los truenos del enorme revólver debían haber despertado a todo el pueblo.

Mike se acercó cautelosamente al monstruo. No estaba muy seguro de que estuviera bien muerto.

Cuanto más lo examinaba más captaba todo el espanto, todo el horror de aquel ser de pesadilla.

Sin ninguna duda era una araña. Había abrigado absurdas ideas, imaginando incluso artilugios mecánicos movidos por control remoto. Pero no era así. Esa bestia era real.

En el jardín hubo un tropel de gentes y luego un grupo de caras se asomaron a la ventana reventada.

Mike gruñó:

—Quien tenga interés por estudiar ese fenómeno, aquí lo tienen.

Se quedaron paralizados de espanto, incapaces de hablar.

En medio del silencio apareció el *sheriff*, que se detuvo en la puerta como sacudido en la cabeza por un mazo.

—¡Infiernos! —gimió—. ¿Qué… qué es esa cosa?

—¡Una araña, Byrkman!

No podía creerlo.

—Eso… eso no es de este mundo —jadeó completamente desbordado.

—Ahí es donde se equivoca, Byrkman. Pida al cielo que no haya otros ejemplares como éste en las cercanías. Fíjese en esa especie de pico dentado. ¿Comprende cómo se produjo la herida del cuello de Morris?

—Sí…

—Fue por esa herida por donde ese fenómeno inyectó los jugos que licuaron las entrañas del muchacho para…

—¡Maldita sea, cállese!

Mike se encogió de hombros. Estaba pálido también, pero estaba íntimamente satisfecho por haber salvado a Karen…, y por haber vencido en el primer asalto que peleaba abiertamente.

Sólo en ese primer asalto. Porque él estaba seguro que el combate, ahora, no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO X

A la luz del sol, lo sucedido la noche pasada era como una pesadilla inexistente, increíble.

En esa mañana ventosa como la mayoría, las gentes iban de un lado a otro comentando el fenómeno, cambiando sus opiniones y sus temores, porque ahora todos erar, conscientes de que podían existir otros monstruos semejantes.

En sólo un par de horas, las armerías agotaron su provisión de escopetas de caza, rifles y armas cortas, amén de una cantidad ingente de municiones.

Mike pensó que aquella gente era como si se pertrecharan para una guerra en toda regla.

De todos modos, tal vez lo fuera.

Entro en la oficina del *sheriff* y dijo:

—Debería controlar un poco a sus paisanos. Byrkman. Empiezan a dejarse dominar por la histeria.

—Reconocerá conmigo que no les faltan motivos.

—Lo malo será si esta noche empiezan a soltarle tiros a todo lo que se mueva en la oscuridad… quizá se cacen unos a otros antes de darse cuenta de que están comportándose como unos insensatos.

—¿Dónde piensa estar usted?

—No lo sé. Si he regresado se lo diré.

—¿Si ha regresado…?

—Pienso efectuar otro reconocimiento esta vez en la granja que fue de los Harding. —Ya veo, a pesar de todo usted sigue buscando a su moroso,…

—Mi más ni menos. Escuche, Byrkman. Mientras yo esté fuera, no descuide la vigilancia en torno a Karen ni un minuto, ahora ya sabemos con seguridad que esos monstruos la han condenado por el simple hecho de que viera a uno…, aunque si la gente cae en la

cuenta de lo que eso significa acabarán de perder el control.

—¿Qué demonios quiere decir?

—Que a estas alturas no queda nadie en todo Tahoka que no haya contemplado al monstruo. Todos lo han visto.

El *sheriff* se quedó helado. Boqueó y al fin pudo murmurar:

—¡Por el cielo, no había pensado en eso!

—Pues ya es hora de que lo haga. ¿Dónde está Loeb?

—En la biblioteca, junto a Karen.

—Ordénele que no se separe de ella. Y ármelo con una escopeta de caza. Supongo que será más efectiva que una pistola.

Byrkman se quedó inmóvil, pensando en lo que se le avecinaba, mientras Logan abandonaba la oficina dirigiéndose hacia la biblioteca pública.

Karen, sentada detrás de su mesa de trabajo, le sonrió animosamente, acomodado un poco más allá, el alguacil Loeb le miró con cara de sueño.

—Voy a salir del pueblo y no sé cuándo estaré de regreso —dijo Mike sin rodeos—. No te separes en ningún momento del alguacil. Procura estar siempre donde haya gente y si oscurece antes de mi vuelta no te quedes sola ni un segundo. ¿Comprendes, linda?

Ella asintió. Estaba pálida y sus ojos brillaban como si tuviera fiebre.

—¿Es preciso que salgas del pueblo, Mike? —susurró.

—No puedo hacer las cosas de otro modo.

—Prométeme que tendrás cuidado tú también, ahora…, ahora no sabría vivir sin ti. La culpa es tuya —añadió precipitadamente—. Te debo la vida…, y es tuya.

Sonriendo, él la besó ligeramente en la boca.

—Cuando esto termine te recordaré eso —dijo.

Y se fue antes que ella hiciera ninguna pregunta respecto a su destino.

Minutos más tarde pilotaba el coche guiándose por el mapa que el *sheriff* le facilitara el día anterior.

Había trechos en que el camino apenas existía y el coche daba tumbos y saltos, crujiendo como si fuera a desmontarse.

Finalmente, lo detuvo al amparo de un roquedal sombreado.

La desolación del paisaje era allí más acentuada si cabe. Echó a andar mientras el viento caliente del desierto comenzaba a agitarse.

Quince minutos más tarde descubrió los agazapados edificios de la hacienda que buscaba.

Tendido en la tierra, dejó pasar el tiempo sin apartar la mirada de su objetivo.

Vio algunos animales en un cercado, algunas reses y un par de caballos.

Había también un tractor bajo un cobertizo. La máquina tenía un aspecto herrumbroso, como si apenas fuera utilizada nunca.

Al fin su paciencia tuvo un premio. Vio al primer ser humano de la hacienda.

Fue sólo un corto instante, mientras el individuo, alto y sólido, salía de uno de los edificios anexos y entraba en la casa principal.

Debido a la distancia no pudo ver los detalles ni las facciones de aquel hombre, pero juzgando por su corpulenta estructura, bien podía ser uno de los que buscaba.

Adoptando infinitas precauciones, avanzó dando un rodeo hasta agazaparse junto al muro de un granero.

Escuchó, pero no pudo oír ruido alguno, ni una voz.

Se le antojó un silencio irreal en un lugar habitado.

Deslizándose hasta la esquina, atisbó por ella. Pudo ver la entrada de la casa y la soledad de cuanto alcanzaba la vista.

Dio una rápida carrera para llegar hasta la pared de la casa y detenerse allí conteniendo el acelerado latir de su corazón, de nuevo tendió el oído sin, resultado.

Una ventana abierta parecía tentarle con su muda invitación.

Avanzó hasta ella y atisbo por una esquina. Correspondía a una estancia espaciosa, amueblada rudimentariamente y desierta.

Entró silenciosamente. No había señales de ser humano alguno en el aposento. Sólo los muebles polvorientos.

Paso a paso, se internó en la casa, conteniendo el aliento, concentrando toda su atención a escuchar cualquier rumor.

Pero no los había.

Sólo el silencio.

Era increíble, puesto que había visto entrar a un hombre en ese edificio. Forzosamente debería producir algún ruido.

Abrió la puerta de una habitación. Ésta no tenía polvo y las ropas de una cama estaban revueltas, pero tampoco había nadie.

Siguió hasta la siguiente y abrió también la puerta.

Se quedó helado al ver la forma tendida en un lecho.

Sin duda era una mujer y estaba cubierta por una sábana que no había sido lavada en mucho tiempo.

Ella yacía inmóvil, de espaldas a la puerta.

Mientras estaba mirándola, súbitamente ella se volvió como advenida por un sexto sentido.

Era rubia, y su rostro…

Mike sintió una corriente de hielo culebrear por su espalda.

Había algo extraño en aquella cara aparentemente contraída, una sensación de ferocidad animal.

Inesperadamente, ella brincó fuera de la cama y enseñó los dientes, a Mike le recordó un animal salvaje descubriendo los colmillos ante un enemigo…

Oyó un gruñido bronco, sordo, y ni ese sonido fue suficiente para arrancarle de la estupefacta contemplación de aquel cuerpo soberbiamente construido y desnudo.

Acabó de entrar y cerró la puerta.

—¿Quién es usted? —balbució.

Ella volvió a gruñir de aquella manera salvaje y agitó las manos.

Mike casi brincó hacia atrás al ver aquella especie de garras oscuras y afiladas, al mismo tiempo se dio cuenta de la sutil metamorfosis de la cara torva de la muchacha…: ya ni siquiera parecía humana…

—¡No se mueva! —exclamó.

Ella dio un salto hacia él y lanzó un zarpazo. Mike saltó hacia atrás, creyendo que era víctima de una pesadilla.

—¡Maldita sea, no quiero pelear con una mujer! ¿Es que no lo comprende? ¡Quieta ahí!

Le respondió un bronco gruñido, que surgió por entre las quijadas tensas de la mujer, que estaban agazapándose sobre sus hermosas piernas, disponiéndose a saltar…

Él gruñó:

—Bueno, nunca le he sacudido un puñetazo a una chica, pero si es eso lo que quiere, le daré gusto.

Apenas había callado cuando ella saltó. Fue un salto felino, centelleante y de un poder increíble.

Él dio un traspié, apartándose de la veloz trayectoria de la desconocida. Consiguió eludir el impacto con ella, pero no el

terrible zarpazo que le descargó.

Mike sintió que el infierno ardía súbitamente en su costado, mientras la tremenda fuerza del golpe le lanzaba dando tumbos hasta el otro extremo del cuarto.

Miró aturdido el desgarrón de su propia carne, que sangraba, ahora sabía que aquello no era mujer. Ni siquiera un hombre normalmente fuerte podría descargar un golpe semejante…, y aquellas garras…

Ella rugió de nuevo sordamente. Los ojos entrecerrados estaban fijos en la sangre que manaba de la herida. Sus blancos y afilados dientes brillaban como los de un tigre.

Mike empuñó la pistola, sintiendo el dolor de la desgarradura atenazarle los músculos de aquel costado.

—¡Vuelva a intentarlo y dispararé! ¿Comprende lo que le digo, o que infiernos es usted?

Ella se agazapó nuevamente al tiempo que avanzaba paso a paso, disponiéndose a saltar. Mike notó el frío de la muerte atenazarle ante la feroz determinación de la extraña mujer.

—¡No se mueva! —insistió.

Ella le mostró las garras, abriendo y cerrando los dedos como si ya sintiera entre ellos él palpitar del cuerpo de su víctima.

Tras esto, saltó, recta como una flecha y veloz como un tigre.

Él supo que jamás podría esquivar esta nueva y centelleante acometida. Sus instintos, entrenados, actuaron casi contra su propia voluntad y disparó.

El estampido fue como un terremoto en el reducido espacio, pero la bala pegó a la mujer en el pecho cuando estaba en pleno salto.

La vio contorsionarse, aún en el aire, y desplomarse al fin con sordo impacto sobre el suelo de tablas.

Allí se agitó unos instantes, emitiendo un sordo estertor. Logan temblaba porque nunca antes le había disparado a una mujer, y aunque no estaba muy seguro de que ese ser fuera precisamente una mujer, a pesar de su maravilloso cuerpo, sentía náuseas por lo que había hecho.

—¿Por qué infiernos no se detuvo, estúpida? —balbució—. No quería disparar contra usted… ¡Maldita sea, no quería hacerlo!

Estaba hablando aún cuando ella le lanzó un zarpazo. No le

alcanzó por una pulgada. Luego, la cabeza rubia se ladeó y todo el cuerpo pareció relajarse con la muerte.

Mike se irguió, guardando la pistola para ocuparse de su costado desgarrado.

Sangraba en abundancia y el dolor era cada vez más vivo.

Se inclinó sobre la mujer y lomo una de las garras. Sintió un escalofrío al darse cuenta de la verdad… Las garras eran como un guantelete metálico y articulado, adaptado perfectamente a la mano. Una pequeña maravilla en cierto modo porque las delicadas articulaciones eran un prodigio.

Estaba admirándolo aún, cuando toda la casa pareció desplomarse contra su nuca de un modo demoledor. Hubo un estallido de dolor y luego se sumergió en un oscuro abismo sin fondo…

Capítulo XI

Lo primero que sintió o advirtió al recobrar el conocimiento era que el dolor laceraba su cráneo como si alguien estuviera barrenándolo sin piedad.

También se dio cuenta que estaba tendido en un camastro.

Curiosamente, el costado no le dolía ahora lo más mínimo, y descubrió con sorpresa que alguien había curado y vendado la desgarradura. Era una cura perfecta y el vendaje apretado y firme.

Miró en torno y fue entonces que descubrió lo que le rodeaba.

Internó levantarse, pero estaba sujeto por unas firmes correas que cruzaban su pecho, y por otras que aprisionaban los brazos al extraño camastro.

Por lo demás, se hallaba en una especie de quirófano bien equipado, al fondo del cual había otra estancia que sin duda era un laboratorio.

Se recobró rápidamente, aunque el dolor de la cabeza aún le aturdía un poco.

Estaba comprobando la solidez de las correas que le sujetaban cuando oyó abrirse una puerta y un hombre apareció.

A pesar de que no llevaba lentes supo que era el que él buscaba. El mismo hombre que había rastreado a través de todo el país a lo largo de dos años.

—¿Se siente mejor ahora, señor Logan? —se interesó el recién llenado.

—Profesor Snatch, me ha dado usted mucho trabajo para encontrarle.

—Lo sé, aunque si he de ser sincero, nunca imaginé que conseguiría localizarme en este lugar.

—¿Sabía que yo le seguía el rastro desde que desapareció de los laboratorios oficiales?

—Bueno, no le conocía personalmente, pero tuve numerosas noticias de un individuo que me buscaba por todo el país.

—Ya veo… Por eso cambió de nombre, ahora se llama Henry Watkins. Me lo dijo el *sheriff* de Tahoka.

En la puerta apareció un hombre alto, corpulento, de mirar quieto e indiferente.

—Su ayudante, supongo.

—Ciertamente, aquí se llama Skimer. Es muy eficiente.

—Y muy discreto gracias a ser mudo. Y loco, además. Lo mismo que usted, si mis informes son fidedignos.

El profesor Snatch dejó escapar un gruñido de disgusto.

—¡Usted es como todos los demás! Me llamaron loco y trataron de apartarme de lo que siempre había sido mi razón de vivir: mis trabajos en el laboratorio. Incluso propusieron encerrarme en un manicomio… ¡Encerrar a un genio! Insensatos…

—Aceptaban su genio, pero no podían dejar de admitir la realidad, profesor. Su mente estaba desequilibrada.

—¿Usted cree eso?

Había una feroz impaciencia en su acento.

—No tengo más remedio que admitirlo. No entiendo una maldita palabra de sus experimentos. Todo lo que me dijeron en Nueva York fue que usted trataba de desarrollar unas teorías que podrían convertirse en una catástrofe mundial con el tiempo. Pero si hubiese dudado, ahora tengo la certeza de que se quedaron cortos.

—¡Usted es como todos los demás! A todo lo que no entienden, todo lo que desborda su limitada capacidad de insectos, lo llaman demencia. ¡Skimer, desátale, pero vigílalo constantemente!

Mike sintió renacer sus esperanzas. Cuando se vio libre miró al científico como si lo viera por primera vez.

—Así me siento mucho mejor —comentó—. ¿Por qué curó mi herida, profesor?

—Porque le necesito… vivo y fuerte, señor Logan. Camine.

Lo hizo y, tras recorrer un corto trecho, el hombre de ciencia abrió una puerta, encendió la luz de la nueva estancia y gruñó:

—Le demostraré mi genio…, mi triunfo…

Mike vio un extraordinario panel adosado a una pared. Era un panel de instrumentos abarrotados de pequeñas clavijas, diminutos

pulsadores y palancas no menos diminutas, bulbos de distintos colores, indicadores milimetrados semejantes a manómetros, pero distintos entre sí y cuya función se le escapaba.

En el centro de todo ello, una pequeña pantalla de televisión parecía presidir el complicado mecanismo.

—Éste es mi cerebro —cacareó el científico—. Mi cerebro, capaz de todos los prodigios…

Mike dio un vistazo al corpulento vigilante. Estaba a sus espaldas y le vigilaba sin cesar.

El hombre de ciencia corrió una palanca y un panel en la pared de la izquierda empezó a deslizarse de lado. Quedó un cristal, más allá del cual sólo había oscuridad.

—Venga aquí… Verá algo que jamás nadie pudo imaginar…

Una luz viva brilló al otro lado del cristal.

Y lo que apareció ante los espantados ojos de Mike Logan parecía fruto de una pesadilla.

Había una especie de cueva grande, y en ella, diferentes jaulas de gran tamaño, cada una ocupada por un ser espeluznante.

Vio una araña muy semejante a la que matara en casa de Karen.

Y dos hormigas, la más pequeña de las cuales tenía la longitud de un perro de buen tamaño.

En la tercera jaula de malla de hierro se movía una masa de color pardo, enorme, que cuando giró, abriendo y cerrando sus descomunales mandíbulas en forma de tenaza, identificó como una «tijereta»…, pero aumentada hasta la monstruosidad.

—¿Se da cuenta? —Cacareó el profesor—, al fin he logrado la realización de mis teorías. La metamorfosis de cualquier criatura, la mutación absoluta de la naturaleza animal. ¡Y por esa idea me llamaron loco! —acabó a gritos.

Mike desvió la mirada de aquellos seres que le fascinaban con su horror.

—¿Cómo lo consigue, profesor?

—¿Está usted preparado científicamente para comprenderme?

—Me temo que no.

El viejo sacudió la cabeza.

—Lamentable… No lo comprendería. Es una síntesis de la evolución y el desarrollo, químicamente puros. Se necesitan dos generaciones de insectos de cada familia para que asimilen el

producto y las radiaciones. La tercera generación se desarrolla como usted ve.

Pero no es todo. Yo controlo en todo momento a esas criaturas. Logan.

—Eso no lo creeré en mil años, profesor. Jamás podrá domesticar a esos monstruos porque por mucho que se les desarrolle el cerebro, no es más que una masa rudimentaria. No puede usted fabricarle un cerebro nuevo a cada uno.

El loco rió. Se divertía.

—¡Por supuesto que no! Pero en un momento determinado de su desarrollo, intervengo en lo que usted denomina cerebro. Una plaquita microscópica capaz de recibir impulsos electrónicos es suficiente. Según la naturaleza de los impulsos, se comportan como yo les ordeno.

Ahora, y a pesar de todo. Logan no podía por menos que sentirse maravillado.

—Comprendo —musitó—. La araña sabía en todo momento adónde debía dirigirse.

Snatch soltó una risita.

—Mi pequeña araña… que usted destruyó, Logan. Fue el primero de mis triunfos que utilicé fuera de aquí hasta comprobar su perfecto control. Tenía otra criatura muy interesante, pero hube de destruirla. Escapó, desgraciadamente. Creí que causaría una catástrofe… Era una mariposa gigante…, afortunadamente, nadie la vio en la noche y…

—Se equivoca. Un hombre la vio, aunque no supo lo que era.

—De todos modos, hube de destruirla. Resultaba casi imposible controlarla debido a que esos insectos carecen en absoluto de inteligencia. Son puro instinto predeterminado. No importa… Tengo las esperanzas centradas en los géneros que usted ve representados ahí. Logan. ¿Se imagina cuando una de mis hormigas gigantes salga reina? Se multiplicarán a millares… ¡A millones!

—Y destruirán a la humanidad.

Snatch le miró risueño.

—«Su humanidad» intentó destruirme a mí… ¡Al genio más grande que ha tenido el mundo en toda su historia! Merece su destrucción.

—¿Por qué me cuenta todo esto, profesor? Está poniendo en mis

manos todos sus secretos.

—Usted no los revelará jamás a nadie.

—¿Por qué va a matarme?

—¡Oh, no! Usted destruyó a mi primera criatura, y ha matado a otra de mis creaciones: la hermosa tigresa, de modo que es justo que usted ocupe su lugar.

—¿Qué?

—Es otra faceta de mis experimentos… ¡No se altere, Logan, o mi ayudante le hará daño! Lo estudié durante años: controlar la mente humana…, hacer que un hombre o una mujer se convirtieran en lo que yo quisiera. Bueno, he de confesar que mis dos primeros experimentos fracasaron. Las dos mujeres murieron después de la delicada intervención en sus cerebros. En la tercera tuve éxito. Usted la ha matado.

Mike estaba horrorizado.

—¡Las tres muchachas que desaparecieron del pueblo!

—Cierto. Usted será el primer hombre a quien aplique mi ciencia, Logan. Sólo por eso está vivo.

Mike miró por el rabillo del ojo al gigantesco guardián.

Éste permanecía alerta, abriendo y cerrando sus grandes manos.

Sabía que pelear contra él sería un suicidio. Por lo menos, si debía pelear a manos limpias.

El profesor rió socarronamente.

—No lo intente, Logan. No conseguiría nada. Skimer es capaz de doblar una barra de hierro sólo con las manos. En cierto modo, debe sus fuerzas sobrehumanas a mi ciencia… Lo mismo que la tigresa a la que ha matado.

—Ya veo… Ella creía que era un tigre.

—Ni más ni menos. Y usted lo creerá también y actuará como tal cuando le haya intervenido… ¿Quiere dar otro vistazo a mis pequeñas criaturas?

—Tengo suficiente, gracias.

—Puedo mostrarle también los viveros donde se desarrollan a millares los insectos de primera y segunda generaciones, sometidos a mi tratamiento… ¿De veras no desea verlos, Logan?

—¡Al infierno con usted!

—Entonces, creo que ya podemos poner manos a la obra, ¿Skimer?

Mike se revolvió como una centella y logró conectar un tremendo zurdazo a la cara del gigante.

Todo lo que consiguió fue sentir un doloroso calambre en el brazo. La cabeza del mudo apenas si osciló. Luego, las manos le apresaron y se sintió tan impotente como un recién nacido entre los tentáculos de un pulpo gigante.

Skimer le llevó en vilo de regreso al quirófano y laboratorio donde había recobrado el conocimiento. Riéndose como una criatura, el científico loco les siguió a saltitos, frotándose las manos.

El gigante le arrojó sobre el camastro. Se inclinó para atrapar las correas con que sujetarlo y Mike lo intentó de nuevo, aunque esta vez disparó los dos pies juntos hacia arriba.

Fue un buen impacto. Las suelas de sus zapatos desollaron la cara del demente y éste salió despedido, dando traspiés.

Mike saltó al suelo y corrió para esquivar la acometida del ahora enfurecido gigante.

El profesor chilló:

—¡Cuidado, estúpido, no le golpees!

Necesitaba a Mike en buenas condiciones. Eso era una ventaja.

Por unos instantes, los dos hombres se estudiaron mutuamente, separados por la mesa de cirugía. Luego, Skimer empezó a rodearla.

Mike retrocedió hacia el laboratorio.

El gigante casi le alcanzaba cuando atrapó una caja metálica y, volteándola, se la arrojó a la cara ensangrentada.

Sonó el impacto y el hombre se detuvo, gruñendo con su boca sin voz.

Mike miró en torno, acorralado como estaba.

En un rincón vio unos enormes frascos de vidrio llenos de diferentes líquidos. Saltó hacia ellos cuando de nuevo Skimer se ponía en marcha.

Agarró el primero y lo levantó. Oyó el aullido del profesor, pero no desperdició tiempo.

Con todas sus fuerzas, lo lanzó contra el enfurecido Skimer.

El enorme frasco se hizo añicos y el líquido que contenía bañó al demente de la cabeza a los pies.

Lo que entonces sucedió, Mike no lo olvidaría en todos los días de su vida.

Hubo una humareda, y un olor nauseabundo, y el enorme

corpachón empezó a contorsionarse con infinita desesperación, mientras Logan veía desmenuzarse la carne, diluirse entre el furioso gorgoteo.

El terrible ácido destruyó en pocos segundos lo que era un cuerpo grande y poderoso. Cuando Skimer cayó era sólo una masa burbujeante y nauseabunda.

El profesor estaba chillando demencialmente, golpeando la mesa del quirófano una y otra vez con las manos en un ciego ataque de ira.

Luego, levantó la cabeza y rugió:

—¡Maldito, maldito!

Echó a correr hacia Logan, blandiendo los puños como aspas de molino.

Mike le recibió con un puñetazo que le levantó del suelo.

Cuando cayó, lo hizo sobre la masa informe y bullente del que fuera su ayudante. Lanzó un alarido escalofriante cuando el ácido mordió su propia carne y trató de levantarse.

Pero él no tenía la increíble fortaleza del gigante. Volvió a caer y su cara se hundió de golpe en aquel horror, y comenzó a burbujear…, y Mike hubo de volverse de espaldas para no vomitar.

Estaba libre. Eso era lo importante.

Recordó aquellos dos años de incesante rastrear, los horrores de los últimos días…

Por último recordó también las órdenes tajantes que le dieron sus jefes del Consejo Nacional de Seguridad: Destruir al profesor si seguía dedicado a sus diabólicos experimentos…, pero obtener sus materiales y sus fórmulas.

¿Para qué?

Mike rechinó los dientes. Sin mirar lo que quedaba en el suelo, salió del quirófano y durante una hora estuvo revisando la hacienda.

Encontró el cadáver de Any. La pobrecilla no había podido resistir la operación quirúrgica en el cerebro. Después de todo, quizá fuera mejor así.

Descubrió infinidad de esqueletos de perros, utilizados seguramente como alimento de los monstruos, o para que éstos los mataran bajo las órdenes electrónicas que recibían del profesor…

Encontró el archivo de éste. Infinidad de fórmulas, gráficos,

memorias…

No lo tocó. Durante mucho tiempo se dedicó a preparar la gran pira, anochecía cuando por fin le pegó fuego a la hacienda y en unos instantes las llamas rugieron, elevándose hacia un firmamento extrañamente despejado, dejando ver las brillantes estrellas.

Esperó allí, al resplandor del colosal incendio, asegurándose de que no quedaba nada de aquel infierno de pesadilla, de sus criaturas ni de su dueño…

Sus jefes jamás obtendrían las fórmulas, los medios de hacerse a su vez dueños del infierno.

Cuando echó a andar a través de la desolación aún chisporroteaban los últimos rescoldos y era noche cerrada.

Tomó su coche, emprendió el camino de Tahoka, impaciente ahora por estar entre los brazos de Karen, por sentir la liberación de todo temor, por gozar del sabor de sus labios llameantes.

Todo sería nuevo de ahora en adelante. En cierto modo, era como si el mundo fuera diferente en esta noche quieta y sin viento, como si se dispusiera a vivir en una nueva dimensión hasta entonces desconocida.

Pensándolo bien, lo era, porque hasta conocer a Karen, el amor había sido algo desconocido que ahora estallaba con toda su plenitud.

También era una metamorfosis.

Se rió de sus propias ideas y hundió el acelerador.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Utilizó entre otros, los siguientes seudónimos: Burton Hare, Mike Cameron, Gordon Lumas.